

EL DOMINE LUCAS.

PERSONAS.

Don Lucas, estudiante.

Don Enrique.

Don Antonio,

Don Pedro, viejo.

Doña Leonor, su hija.

Doña Melchora.

Florela.

Juana.

Talaceron.

Cartapacio.

Un Golilla.

Un Letrado.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

*Don Antonio, de soldado bizarro, don Enrique, de
golilla, y Talaveron de lacayo.*

Antonio.

Vive Cristo, don Enrique,
que si dais en esa tema,
me he de aborcar de una encina.

Enrique.

Don Antonio, yo quisiera
saber de vos, cómo se ama,
sin que el corazon lo sepa.

Talaveron.

Amando por diversion,
que el que es, aunque hombre, tan bestia,
que por mugeres se mata,
merece.....

Enrique.

¿Qué?

Talaveron.

Que se muera.

Antonio.

Dice bien Talaveron.
¿Hombre ó demonio, en qué piensas?
Las mugeres todas son
engañifas de la idea;
nuestros desvelos nos pagan
en el precio que nos cuestan.

No, amigo, que la mas fina
 tiene una rara moneda,
 que cuando la dice, es oro,
 que cuando la llora, es perlas,
 que cuando la escribe, es plata,
 y es cobre, cuando la trueca,
 pues es fuerza hacerla cuartos,
 para cumplir con ochenta.

Talacoron.

El Evangelio es de amor.

Enrique.

Don Antonio, la franqueza
 de vuestro genio, aumentada
 con la libertad que engendra
 la campaña, os da ese humor,
 incapaz de que en el quepan,
 ni reflexiones amantes,
 ni desveladas empresas.
 Yo, que adoro una hermosura,
 y con mi pasion apenas
 la merecí compasiva,
 cuando ya la lloro agena,
 muy de otra suerte discurro.

Antonio.

¡Válgame Dios, qué terneza!
 es lástima que no llores,
 y esa dama no te vea
 hacer pucheros con barbas,
 para que con eso fuera
 mas alta tu boberia,
 y mas fina su soberbia.

Talacoron.

Ver á un barbon hacer mimos,
 es cosa que desespera.

7

Antonio.

Pero permíteme , amigo ,
que pueda pedirte cuenta
de aquel tu pasado amor
con cierta madamisela ,
que servistes en Amberes ,
que despues de otra novela
de amor , que tambien , tambien
no somos aquí de piedra ,
te referiré el suceso :
y comerciadas tus penas
con mis glorias , lograremos
divertirlas con saberlas.

Talaveron.

Aquí me huele á romance. *ap.*

Enrique.

Escucha , amigo , y no creas
que siente con pocas causas
el que padece con estas.
Hijos de Madrid nacimos
los dos , y en nuestras primeras
infancias , por el afecto
que el trato comun engendra ,
tan amigos , tan hermanos ,
que el deudo , que á la fé nuestra
no le concedió la sangre ,
le obró la correspondencia ;
que el verdadero pariente ,
si sabe serlo de veras ,
es el amigo ; pues poco
importa que no lo sea ,
si quien siente lo que siento ,
y en mis bienes se interesa ,
aunque no tiene mi sangre ,
tiene los efectos de ella.

De Madrid , pñes , por influjos
de inclinaciones diversas ,
partimos el rumbo entrambos ;
vos á estudiar en la guerra ,
yo á lidiar en los estudios ;
en cuya sutil palestra ,
apenas con la ambicion
de ceñirme á las esentas
ramas del furor de Apolo ,
me dí al uso de las ciencias ,
cuando á mi padre , que en Flandes
de Amberes la fortaleza
governaba , un accidente
asaltó con tanta fuerza ,
que sin que le diese el tiempo
lugar á mas diligencia
que á morir , rindió á la parca
su noble vida , tan llena
de militares aplausos ,
que no poco en sus empresas
embarazó de la fama ,
ya las plumas , ya las lenguas.
Fue preciso hiciesen pausas
mis estudios con tal nueva ,
siendo el único hijo suyo ;
y aventurando mi hacienda
si á Flandes no me partía ,
hícelo con tanta priesa ,
que logré cuanto anhelaba ,
y aun lo que menos quisiera.
¡ O cielos , cuánto el acaso
de los desvelos se venga !
¡ cuanto de las prevenciones
se burlan las contingencias !
Un dia , ya feuecidas

de Amberes las dependencias ,
que pensando en mi partida ,
salí á la hermosa ribera
de un río , que á sus murallas
bate con bombas de perlas ,
despues de haber dilatado
vista y planta en su halagüeña
entretegida espesura ,
cuya enredada maleza ,
ó tarde , ó nunca la entrada
á un rayo del sol dispensa ,
á tiempo que ya la tarde
con la noticia primera
del avance de las sombras ,
del tropel de las tinieblas ,
en retaguardia del sol
iba tan en fuga puesta ,
que sin poder en el grueso
de sus luces recogerlas ,
se iba dejando en poder
de la noche las estrellas
traidoramente cautivas ,
dócilmente prisioneras ;
un dulce halagüeño acento
escuché , cuyas postreras
sílabas entre las voces
de un blando instrumento envueltas ,
eran prision armoniosa
de fuentes , de aves y fieras.
Bien pudieran persuadirme ,
á no saber cuanto mienta
la antigüedad fabulosa
plantas mudas y ondas quietas ,
vientos y flores absortas ,
que alguna incauta sirena ,

ó dráfide de aquel bosque,
 ó de aquel golfo nereida,
 eligiendo aquella muda
 soledad, juzgaba en ella,
 de algun semidios zelosa,
 verter en dulces endechas
 sonóro tósigo al aire,
 dulce veneno á la selva;
 pues para serlo bastaba,
 que aun ecos de zelos fueran.
 Pero me desengañó
 ver á mis ojos espuesta,
 apenas de unos jarales
 dí al rudo teson la vuelta,
 una placentera tropa
 de hermosas madamiselas,
 y entre ellas una, que dando
 alma á un laud, de sus cuerdas
 iba el oro bullicioso
 salpicando de azucenas.
 Todos á un tiempo pudieron
 en afable competencia
 suspenderme : pero como
 aun la mas hermosa deja,
 bien que los ojos cautive,
 franca la segunda puerta,
 que es la del oido, presto
 la libertad halla senda
 para salir ; y mas cuando
 este sentido no cesa
 de influir con desengaños,
 de llamar con influencias.
 Pero como la tirana
 hermosa enemiga bella
 del corazón , con su acento

á la cláusula primera
 del oído me cogió,
 no encontró despues, al verlas,
 camino para la fuga
 la libertad; antes presa
 de dos iguales impulsos,
 el cuello dió á dos cadenas,
 aunque cualquiera sobraba;
 pues como triunfar aprenda,
 donde hay beldad, ¿que mas voz?
 donde hay voz, ¿qué mas belleza?
 Rendido á tan noble objeto,
 cobrándome en mi suspensa
 admiración, al estilo
 del país, la reverencia
 les hice, á que todas juntas
 correspondieron atentas,
 á tiempo que de su gente
 instadas, la estancia amena
 trocaron por las carrozas.
 Que las seguí, ya se deja
 entender; que por criadas,
 billetes y estratagemas,
 á saber llegó mi amor
 Cintia, (aqueste nombre tenga
 por disfraz de mi respeto)
 dicho está, y solo me resta
 encarecer cuán aprisa
 en amorosas empresas
 penas á glorias se cambian,
 bienes por males se truecan;
 pues apenas obligada
 la tuve, quando á sus puertas
 con otro galán, que acaso
 de mí con infiel cautela

encubria , cierta noche
 reñí una cruel pendencia.
 Fue á tiempo que mi partida
 me instaba ; conque el creerla
 traidora á mi amor , el lance
 referido , y la funesta
 noticia de una criada ,
 que me contó que no era
 yo solo de Cintia amante ,
 me hizo abreviar mi dispuesta
 jornada , y aborreciendo
 las libertades flamencas ,
 dar al olvido su amor.
 ¿ Pero que importa ? si apenas
 á Salamanca volví ,
 cuando al ver su primer flecha
 burlada , el ciego traidor ,
 un segundo arpon me asesta ;
 como quien dice : no importa
 que no haga caso de aquella ,
 que como me queden armas ,
 son mas victorias me quedan.
 De don Pedro de Chinchilla ,
 caballero , cuyas prendas
 toda Castilla encarece ,
 la esposa murió , y la deuda
 de caballero me hizo ,
 que con todos concurriera
 á la piadosa funcion
 de sus honrosas exequias ,
 y al pésame acostumbrado :
 que concediese fue fuerza
 Leonor , hermosa hija suya ,
 su vista ; no á encarecerla
 con hipérboles aspiro :

solo diré , que si fuera
 tan hermosísimo el luto
 conque la noche lamenta
 la falta del sol , sobra
 de la aurora la asistencia ,
 y el bello incendio del día .
 Ahora notad por las señas ,
 la que alumbraba con sombras ,
 ¿ con esplendores qué hiciera ?
 Solo sé , que si allá el gozo
 me suspendió , aquí la pena
 me trajo : si allá armonías
 me cautivaron , tristezas
 me aprisionaron acá ;
 si en una el canto me eleva
 en otra el llanto me mueve .
 ¡ O amor ! ¿ qué habrá que no sea
 materia para tus triunfos ,
 si ya sea gusto , ó ya queja ,
 ya placer , ó ya dolor ,
 ya júbilos , ó ya endechas ,
 todo sirve á tu deidad ,
 todo á tu poder obsequia ?
 Con que mal podrá eximirse
 de tu esclavitud quien sepa ,
 que en cualquier afecto vives ,
 y es fuerza que en todos venzas .
 Desde que á Leonor miré ,
 dí en servirla , y merecerla
 alguna atencion , que aun hoy
 á mi cariño conserva .
 Tuvo don Pedro su padre
 un sobrino en las escuelas
 de Salamanca , á quien llaman
 don Lucas , que en la aspereza

criado de la montaña,
 que, como patria cualquiera,
 discretos y necios cria,
 no hay humana diligencia,
 que baste á hacer que cultive
 tanta natural rudeza.

Es tan necio como vano,
 y en el uso de las letras
 incapaz, pues ha seis años
 que estudiando se desvela,
 y ni aun gramática sabe.
 Con este, por conveniencias
 de mi amor, trabé amistad
 muy grande, antes que viniera
 Leonor á Madrid, adonde
 siguiendo las dependencias
 de un gran mayorazgo suyo
 don Pedro está: y de man-
 ra su aplicacion ha logrado,
 que con sus crecidas rentas
 un título comprar quiere,
 con él formando, y con ellas
 el dote á Leonor, bien como
 su principal heredera.

Pero esto es con la pensión
 cruel de que porque sea
 la línea de los Chinchillas
 del mayorazgo cabeza,
 á su hija con su sobrino
 casar quiere; y con la idea
 de esa sinrazon, en casa
 al tal don Lucas hospeda,
 bien que en cuarto separado,
 no obstante la resistencia
 de Leonor, que por no verse

en las manos de una fiera ,
 título y dote gustosa
 cede a su hermana pequeña
 doña Melchora , con quien
 escasa naturaleza ,
 en cuanto al entendimiento
 la mayor verdad la niega.
 Ahora juzgad , don Antonio ,
 las líneas á un centro vueltas ,
 los escarmientos de Flandes ,
 de España las contingencias ,
 iras , sustos , ansias , zelos ,
 pesares , angustias , quejas ,
 sinrazones , sobresaltos ,
 si es forzoso que me tengan
 mal seguro de mi suerte ,
 bien quejoso de mi estrella.

Antonio.

Con razon encarecisteis
 las esquisitas novelas
 de vuestra vida , y en todas
 os pareceis de manera
 á mi , que no hay circunstancia
 en que entre sí no convengan.
 Dama tuve yo en Amberes ,
 pero con gran diferencia
 entre vos y yo ; pues aunque
 reñí mil veces por ella ,
 jamás un favor logré ;
 que en queriendo yo de veras
 á una muger , al instante
 se me reviste de peña ,
 se me espirita de escollo ,
 y no hay diablos que la vengán.
 Pero esta doña Melchora ,

hermana de Leonor bella ,
¿ no está tambien en Madrid ?

Enrique.

Claro está.

Antonio.

Pues Dios nos tenga
de su mano ; habrá dos meses
que saliendo de una Iglesia
con su hermana , la hice gestos ,
la seguí , y la tengo hecha
una lástima por mí.

Enrique.

¿ Qué decis ?

Antonio.

Hablo de veras.

Talaverón.

Me parece que á los dos
no se os escapa frutera
á quien no le hagais terrero.

Antonio.

Pero , hombre , es la mayor bestia ,
que he conocido en mi vida.
Así la hallé á la primera
dócil á mi amor , que siempre
todo lo que me rebienta ,
es lo que se anda tras mí.

Talaverón.

No es muy mala ropa aquella
de aquel coche.

Antonio.

Siempre suelen
venir los días de fiesta
á misa á los Recoletos ,
algunas carillas buenas.

Enrique.

Por el corto brujuleo,
que las cortinas inquietas
al soplo del aire forman,
algo percibir se deja
no desagradable

Antonio.

A Dios;

¡mas qué el cochero las vuelca!

Enrique.

Remolinadas las guías,
que deben de ser mujetas,
tuercen el juego.

Talaveron.

Ya acude

el escudero que llevan
á enderezarlas.

Antonio.

¿Qué importa
sino alcanzando á las riendas,
se burlan de él?

Enrique.

Acudamos.

Vanse.

Dentro Cartopacio.

Aguarda, Toribio.

Voz.

Espera,
pícaro.

Dentro Melchora.

Cielos, piedad.

Dentro Leonor.

¿No habrá quien nos favorezca?

Talaveron.

Cayó el coche, pero á tiempo,
que mi amo y su amigo llegan,

sosteniéndole, á sacar
la gente que dentro encierra.

ESCENA II.

Dichos y Cartapacio.

Cartapacio.

¿Señores, habráse visto
mas solemne desverguenza,
que la de este verderon,
que gritándole hora y media,
sobre que hácia el pectoral
les restringiese las riendas,
no quisiese? Ello no hay hombre
que observe sus incumbencias.

Talaveron.

¿Qué es eso, amigo?

Cartapacio.

No es nada,
un enjambre de cabezas,
que se han roto en aquel coche,
¿y se está con esa flemma
vuesarcé?

ESCENA III.

*Dichos y don Antonio, con doña Merchora en
brazos. (1)*

Antonio.

Trocad, señora,
¡qué miro! las azucenas

(1) *Trae una perra grande, y unos rizos des-
compasados, cõllar gordo y vueltas.*

de vuestro rostro al purpúreo
clavel, que en su espacio reina,
que ya estais libre.

Melchora.

¡ Ay, señor!

que no sé yo como pueda,
ni trocar, ni destrocar,
porque ni viva ni muerta,
estoy tan de estotro modo,
que estoy de cualquier manera.

Yo os agradezco el socorro,
no solo por mí, que aun esa
es la menor circunstancia,
sino es por ver mi Marquesa
libre de..... ¿ pero qué veo?

ESCENA IV.

Dichos, don Enrique con doña Leonor, y Talaveron

con Juana.

Enrique.

No Atlante se desvanezca
de que en sus hombros el cielo,
divina Leonor, mantenga,
cuando yo á cielo mejor
logro con débiles fuerzas
sostener.

Leonor.

Solo un acaso,
Enrique mio, pudiera
conseguirme esta fortuna.

Talaveron.

Semidiosa de la legua,
vuelve en tí

Juana.

No solo en mí
volveré, sino en cualquiera,
por lo bien que me está.

Cartapacio.

¿Digo,
tambien hay para una puerca
su pasico de desmayo?

Talacoron.

¿Y quien al purichiuela
le llama aquí?

Cartapacio.

Usted perdone,
que esto es una impertinencia.

Antonio.

¿Es posible que á mi amor
le ha de costar el que os vea
todo este susto?

Melchora.

Yo os tengo
un amor como una bestia;
pero tan desaquellada
me siento con una ausencia,
que á no estarme divertida
en hacer unas muñecas,
y en bailar lo mas del tiempo,
yo, Juana y la cocinera,
ya nos hubiéramos muerto.

Antonio.

Yo os estimo la fineza,
que á un amor de zarambeque
con un pandero se premia.

Melchora.

Ellas y yo, ya se sabe,
pasamos de esta manera;

porque en casa ellas y yo
es lo mismo que yo y ellas.

Antonio

¡Mal haya tu entendimiento! *ap.*
¿habrá hombre, que de una necia
pueda gustar?

Leonor.

Hoy habemos
recibido una Flamenca
por criada, á quien condujo
un mercader de su tierra,
conocido de mi padre,
y dicen, que entre las prendas
que tiene, en la de cantar
es divinamente diestra.
Yo haré que Juana te espere
esta noche, y cuando sea
ocasion de que á mi cuarto
entres, la voz es la seña
que ha de avisarte; pues, como
te he dicho veces diversas,
aunque aventure, ¡ay Enrique!
opinion, vida y hacienda,
tú solo has de ser mi dueño.

Enrique.

Esa constancia me alienta.

Leonor.

Y ahora, pues es reparable
detenernos mas en esta
publicidad. . . ¿Cartapacio?

Cartapacio.

¿Señora?

Leonor.

Que dé la vuelta
Toribio,

Cartapacio.

¡Ab, papagayon!
desfilate á la derecha.

Antonio.

Hasta tomar la carroza,
el iros sirviendo es deuda.

Melchora.

Pues llevadme esta perrita,
y no la apreteis, que es tierna
de pecho, y vomitará.

Antonio.

Cierto que la alhaja es bella.

Melchora.

Hoy ha almorzado dos libras
de huevos de faldriquera,
y está muertecilla de hambre.

Enrique.

¿Cuando otra dicha como esta
lograré yo?

Leonor.

Don Enrique,
no hay mal que por bien no venga.

Enrique.

Si ha de costarte un peligro,
mejor me estoy con mi pena. *Vanse*

Cartapacio.

Demasiadas cortesías
son las de estos dos habiecas *Vanse.*

Talaveron.

Ven, hija.

Juana.

Vamos querido.

Cartapacio.

Ah pícara, ¡que galera

tan bien empleada! (1)

ESCENA V.

*Don Lucas, que al verlos se suspende, y Cartapacio,
al paño.*

Lucas.

¿Si habrá
quedado misa en la Iglesia?
¡Pero qué miro!

Cartapacio.

Las tres
van como unas tres princesas.

Lucas.

¿Doña Leonor no es la otra,
¿Doña Melchora no es esta?
ellas son por las espaldas,
mas por detras no son ellas.

Cartapacio.

Írme quedando atras,
que tengo una diligencia
que hacer en las tabernillas.

Lucas.

¡Habrà mayor desvergüenza!
¡muger, que para mi esposa
en infusion de sí mesma
estuvo en la primer mente
del padre del que la engendra,
anda en estos arrumacos!
Lucas, hémosla hecho buena:
y este maldito espantajo

(1) *Entranse puestas las manos en los brazos
de los galanes las damas, y los graciosos dadas las
manos.*

¿á qué demonios las suelta
sobre su palabra? Digo.

Cartapacio.

¡Jesucristo! ¿quien me tienta?

Lucas.

Yo, pícaro, que te vengo
á pedir de mi hora cuentas.

Cartapacio.

Yo, señor, si...

Lucas.

No se turbe.

Cartapacio.

Cuando pude....

Lucas.

Echalo fuera.

Cartapacio.

Si el cochero....

Lucas.

No me masque.

Cartapacio,

Fue el culpado.

Lucas.

¿De qué tiembas?

Cartapacio.

Es que el coche, las señoras,
el cochero, la volteta,
los hombres.... y no hablaré
palabra, si usted se acerca,
que estoy perdido de miedo.

Lucas.

¡A Dios, honra montañesa,
no queda mi ejecutoria
para papeles de especias!

Cartapacio.

Señor, el coche venia

delante de la trasera ,
 mas hácia acá de las mulas
 sobre la viga maestra.

Lucas.

¿ Pues donde habia de venir ?

Cartapacio.

Comenzóse una reyerta
 entre la zaina y la roja :
 yo , que oli la morisqueta ,
 hice señas á Teribio ,
 que el flagelo introdujera
 á la parte occidental.

Lucas.

¿ Ahora me lateca ?
 maldita sea tu alma.

Cartapacio.

No me entendió ; dió la vuelta ,
 cayó el coche ; tus dos primas
 saltaron , sin ser terceras ,
 en los brazos de dos hombres ,
 que se hallaron allí cerca.

Lucas.

¿ De dos hombres ?

Cartapacio.

De dos hombres.

Lucas.

¿ Ahí es preciso que hubiera ,
 para desembanastarlas ,
 ó de mano , ó de cabeza
 tenazon y agarroteo ?

Cartapacio.

Abrazáronlas por fuerza
 para sacarlas.

Lucas.

¿ Qué dices ?

Cartapacio.

Fue indispensable indecencia.

Lucas.

Caiga sobre mí un Vizconde
con toda su parentela.
¿Melchora, á quien entre dientes
tengo una afición horrenda;
Leonor, en quien la pecunia
me tira, que me desuella;
la una hacienda de mi amor,
y la otra amor de mi hacienda,
maniestiradas de hombre?
¿Qué dirá el Valle de Ruesga,
adonde se trae la honra
colgada como venera?

Cartapacio.

Allí vuelven los dos hombres.

Lucas.

¿Los de la pasada gresca?

Cartapacio.

Ellos mismos.

Lucas.

Pues, querido,
aquí de tus habilencias.
¿No soy tu Dómine?

Cartapacio.

Ad natum.

Lucas.

¿No eres mi fámulo?

Cartapacio.

Etiam.

Lucas.

¿Te toca mi honor?

Cartapacio.

Ad intra.

Lucas.

¿Te tañe mi enojo?

Cartapacio.

Ad extra.

Lucas.

Pues dame esa daga.

Cartapacio.

¿Ad quid?

Lucas.

¿Ad quid? á lograr que mueran
los que mi amor despachurran.

Cartapacio.

Señor, tu piedad inmensa,
á este hombre precipitado
con sus auxilios detenga.

ESCENA VI.

Dichos, don Enrique, don Antonio y Talaveron.

Lucas.

Esto ha de ser.

Enrique.

Hasta tanto,
que de vista se perdieran
no quise dejar el coche.

Antonio.

Gran dicha ha sido la nuestra.

Lucas.

¿Cartapacio?

Cartapacio.

¿Señor mio?

Lucas.

¿Por dicha, has sido en tu tierra
barbero?

Cartapacio.

¿Porqué?

Lucas.

Porque

adonde cae me dijeras
la tetilla en las espaldas.

Cartapacio

Señor, pillale la artéria
capital; mas arribita
del sófago, y por mi cuenta.

Enrique.

Por aquí, ¡pero qué veo!

Lucas.

Hombre, á tu Dios te encomienda :...
¡pero qué miro!

Enrique.

¿Don Lucas?

Lucas.

¿Don Enrique? abraza aprisa,
hijo de mi corazon :
¡Jesus! si no das la vuelta
tan aprisa, en un hijar
te he habierto una faltriguera.

Enrique.

¿Por qué?

Antonio.

¡Qué estraña figura!

Talaoeron.

Longaniza de bayeta
parece el hombre.

Lucas.

¿Por qué

me pregunta? usted me juega
con mi novia á salta tú.

Enrique.

¿Cómo?

Lucas.

Tomándola á cuestras.

Enrique.

Yo solo sé, que dos damas
vi peligrar.....

Lucas.

Cantaleta.

Enrique.

Y á fuer de ser caballero... ..

Lucas.

Fue usté á retozar con ellas.

Enrique.

¿Yo? ¿qué decís? ¿retozar?

Lucas.

Ya sé vuestras mañas viejas,
que en viendo mozas se os ponen
los ojos como linternas;
pero no se me da nada,
que antes me viene de perlas
la ocasion, porque en la novia
quiero hacer cierta esperiencia,
y de vos me he de valer.

Antonio.

El don Lucas es gran bestia.

ap.

Enrique.

Ya sabéis, que por la antigua
generosa amistad nuestra
os debo servir.

Lucas.

Acoto:

y oídme en Dios, y en conciencia,

Enrique.

Proponed.

Lucas.

Yo en la montaña
tengo una bonita hacienda,
á Dios gracias, que un abuelo,
mi deudo por línea recta,
fundó ciento y dos mil años
antes que Cristo naciera.

Antonio.

¡Antiguo blason!

Lucas.

Dejóme
con calidad esta renta,
de que entre á gozarla yo
desde el dia que me muera.

Enrique.

¿Desde que os murais? ¿pues muerto
de qué os sirve?

Lucas.

Tengan cuenta;
¿pues cómo quereis que mande,
que viva un hombre con ella,
si es hacienda de montaña,
que hincha, pero sustenta?

Enrique.

¿Pues cuanto es?

Lucas.

Doce ducados,
y tiene un censo de treinta.

Cartapacio.

Dígame usted, ¿no es mi amo
discreto de cuatro suelas?

Enrique.

Vamos al caso, don Lucas.

Lucas.

El caso es, que mi nobleza

tan antigua , que á diez millas
huele á lo rancio que apesta ,
no permite que me entregue
todo entero , á quien no sepa ,
que es muger tan recatada ,
tan mirada , tan atenta ,
tan noble , y tan tarantan.....

Enrique.

¿ Que es tan tarantan ?

Lucas.

Discreta
frase , con que así me esplico ,
dando á entender que quisiera
muger , que no se asustára
de cajas , ni de trompetas.

Enrique.

¿ Y eso á qué viene ?

Lucas.

A que no
le hagan ruido las ternezas
de otro , casada conmigo ,
y me ponga esta mollera
como el monte de Torozos.

Enrique.

¿ Quién tal ignorancia piensa !

Lucas.

Quien sabe que Calderon
dice en la quinta comedia ,
hablando de las mugeres ,
que no hay alhaja que sea
tan buena como la mala ,
tan mala como la buena.

Talaveron.

Al revés me la vestí.

Lucas.
Y así, la que está en conserva
para mí, en el natural
ha de ser de una jalea.

Enrique.
¿No es doña Leonor Cbinchilla?

Lucas.
Esa propia; y desde aquesta
nismísima hora, usted
la ha de galantear.

Enrique.
¿Qué intentas,
hombre?

Lucas.
Saber, señor mio,
de la pata que cojea.
Si ella al continuo combate
se tiene tiesa que tiesa,
merece en mí un montañés
con todas las incidencias
de egecutoria y de sangre;
si se ablanda como breva,
con un escudero mio
le sobra mucho á la puerca.
Para lograr este aquel,
os da lugar y licencia
el ser mi amigo, y poder
entrar á verme, y á verla.
De todo cuanto pasáre,
de la forma que suceda,
me avisareis, y con eso
se amansará mi conciencia,
que ha dias que mi discurso
daba en esta sutileza.
Y pues que cosas tan cosas,

que á ser cosicosas llegan ,
 si apriesamente se rumian ,
 mente despacio se piensan :
 idine á ver presto , que á casa
 voy á esperar la respuesta. *Vase.*

Cartanacio

Disparóse ; los demonios
 que le den pique.

ESCENA VII.

Don Antonio , don Enrique y Talaveron.

Enrique.

¡ Hay tan necia
 proposicion !

Antonio.

¿ Hombre ó diablo ,
 pues tal ocasion no aceptas ?
 Si el propio que te compite
 te hace espalda , da por hecha
 tu fortuna , y á este bruto
 dale papilla.

Talaveron.

¿ Quién yerra
 esa eleccion ?

Enrique.

Decís bien ;
 y pues así que anochezca
 estoy de Leonor citado ,
 un tono siendo la seña ,
 venid. *Vase.*

Antonio.

Vamos , que tambien
 á mí mi toata me espera. *Vase.*

Talaveron.

Quiera Dios que pare en bien,
tanto como el diablo enreda.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Florella vestida á la Flamenca, con luz, que la pone encima de un bufete, y despues don Pedro.

Florella cantando.

*Ahora, que á solas
podemos los dos,
las quejas del pecho
fiar á la voz,
sintámos, pesar;
lloremos, dolor;
¡ ay, patria! ¡ ay, memoria!
¡ ay, fortuna! ¡ ay, amor!*

Pedro

¡ Qué bien canta esta muger!
¿ Florella?

Florella.

¿ Señor?

Pedro.

Por raras

contigencias apelastes
al amparo de mi casa:
hija en Amberes naciste
de una ilustrísima dama
y un caballero español;
no sé que amante desgracia
de amor á España te trajo;
pero una vez en España,
y en mi poder, te recuso

esa tristeza ordinaria,
 pues cuando de propio motu
 contestando á la demanda
 tuya, y de Octavio, te admito
 con mis hijas: eso basta
 por lo favorable, y por lo
 que resulta de la causa,
 á que estés muy satisfecha.

Florela.

Y á que rendida á esas plantas
 os reconozca por puerto
 de la deshecha borrasca
 de mi vida.

Pedro.

La Flamenca *ap.*

tiene muchísima gracia;
 ¿mas qué fuera que Cupido,
 no obstante mi edad, tratára
 de hacer entre mis afectos
 tan semiplena probanza
 de inclinacion, que perdiese,
 del alvedrio en la sala,
 mi libertad en tenuta?
 Pero á bien, que Sanchez trata
 de matrimonio, y con él
 Barroso, Olea y Sarabia;
 y lo que es la propiedad
 no le ha de salir barata.
 Florela, á Dios, que ya vuelvo. *Vase.*

Florela.

Esto solo le faltaba
 á mi dolor, que en veneno
 se convierta la triaca,
 y este anciano, á quien mi amparo
 la estrella enemiga encarga,

*

en mi contrario se mude.
 ¡Ay, Enrique! quien juzgára,
 que yo...

ESCENA IX.

Dichos, Melchora y Juana con mantos

Melchora.

¿Florela?

Florela.

¿Señora?

Melchora.

Ya ha media hora que mi hermana
 se desgañita por tí.

Florela.

Iré á ver lo que me manda.

ESCENA X.

Melchora, Juana y despues don Antonio;

Juana.

Como sea cantar, que es sola
 de esta friota la gracia,
 irá en un pie.

Melchora.

Pues mi padre
 está fuera, y no está en casa,
 dile á don Antonio que entre,
 ya que por la puerta falsa
 le embocaste acá.

Sale don Antonio.

No tiene,
 que ir á conducirme Juana,
 que yo, salamandra activa
 al incendio de tu llama,

me adelanté.

Melchora.

¿Qué decís?

¿que viva yo en Salamanca?
 ¿pues qué embarazo en Madrid?
 ¿pues qué, tenéis otra dama?
 ¿pues qué, me queréis dejar?

Juana.

Mi señora es insensata. *ap.*

Antonio.

No adelanteis groserias,
 que no caben en quien ama.

Melchora.

Bien me pagais el tener
 una gran cosa pensada;
 que deciros de mi amor.

Antonio.

Decid, que mi fe la aguarda.

Melchora.

Pues, querido don Antonio
 de mi vida, y de mi alma,
 el arbolito que vuela,
 el pajarillo que pára,
 el pececito que ruje,
 la fiercecita que canta,
 todos en comparacion
 de tu persona gallarda
 son, son, son... ! Valgate Dios!
 ahora una cosilla entraba,
 que si me acordára de ella,
 de pura risa lloráras,
 porque arbol, pájaro, pez,
 y fiera, todo paraba
 en decir que sí, que no,
 torna, vuelve, toma y daca.

Juana.

No se pueda decir mas.

Antonio.

¡Habrà necesidad mas crasa!

Esta muger pareciera
mucho mejor si callàra.

Dentro Lucas.

Juana, alambra.

Melchora.

Este es don Lucas.

Antonio.

¡Pléguese Cristo con mi alma!

¿qué hemos de hacer?

Juana.

En mi cuarto
te entraré, mientras que él pasa
al suyo.

Antonio.

Oye, hija mia,
por tu vida que no hagas
que me quede por las costas. (1)

ESCENA XI.

*Doña Melchora, Cartapacio, Don Lucas con un bul-
to debajo de la capa, y Don Antonio al paño.*

Lucas.

¿Melchora?

Melchora.

¿Don Lucas?

(1) Entrase don Antonio en el aposento del lado izquierdo.

Lucas.

Gracias

al gallo de la pasion ,
que te hallo sola , y sin mazas
para espresarte mi afecto.

Antonio.

¡Qué oigo , cielos !

Cartapacio.

Dile : acaba

lo que quisieres , que yo
estaré aqui de atalaya.

Lucas.

Hija , ya tu sabes que eres
por tu hermosura y tu gala ,
y tu discrecion , la flecha
que mas me ... , cómo se llama ?

Melchora.

Ya sé yo que tú me tienes
un amor como unas natas.

Lucas.

Pues , porque mi amor conozcas ,
hoy pasando por la plaza ,
no obstante las reverencias
de todas mis zarandajas ,
te compré estas dos gallinas
para que almuerces mañana :
tómalas por vida tuya.

Antonio.

¡ Vive Dios que la regala ,
y ella lo admite !

Lucas.

El misterio

de amor y gallina , calla
mucho mas de lo que dice :
pues significa en sustancia ,

que en esta acción mi fineza
queda harto cacareada.

Cortapacio.

Y que emplumado el cariño,
cobra en tu favor mas alas.

Lucas.

Lo que te encargó por Dios,
y su madre sacrosanta,
es, que Juana ni Florela,
ni tu padre, ni tu hermana
las vean; porque descubren
de noche á meche la maula
de nuestro afecto.

Melchora.

Pues yo
no tengo donde guardarlas.

Lucas.

¿No? ¿pues cómo yo las traigo
en la pretina colgadas,
no puedes ponerlas entre
ese manto rebujadas?

Melchora.

Dices bien por vida mia,
ayúdame tú á liarlas.

Lucas.

¿Cómo que ayude? no son
favores para panarras.

Cartapacio

Pues no serán para usted.

ESCENA XII.

Dichos y Leonor.

Leonor.

¿Melchora?

Melchora.

! Ay , ay , Virgen santa !
que me las ve : San Anton ,
ciégala

Leonor.

¿ Qué tienes ? habla.
Y vos , Don Lucas , ¿ qué haceis
con Melchora aquí ?

Lucas.

Yo estaba
diciendo que sí.... A Dios :
fuéronseme las palabras.

Leonor.

¿ Qué hulto , Melchora , es ese
que te hacen las espaldas ?

Melchora

Me ha salido una corcoba :
callen las descomulgadas.

Leonor.

Pues las corcobas no gruñen.

Melchora.

¿ No hay quien por música canta ?
¿ pues por qué no puedo yo
por brazos , ó por garganta
gruñir lo que yo quisiere ?

Leonor.

Dime que tienes.

Melchora.

No es nada :
don Lucas te lo dirá. *Vase.*

Leonor.

¿ Don Lucas , qué es esto ? ¿ en qué anda
Melchora ?

Lucas

¿ En qué anda ? en las piernas ‘

si es que las tienen las damas,
 ¡Vive Dios, que tal pregunta
 no se hiciera en la montaña! *Vase.*

Leonor.

¿Cartapacio?

Cartapacio.

Usted discurra,
 que yo no respondo á nada,
 que en materias de secreto
 soy un escollo con calzas. *Vase.*

ESCENA XIII.

Doña Leonor, y Don Antonio al paño.

Antonio.

Todos se van, y no veo
 por donde escapar.

Leonor.

Si el ansia
 con que espero á don Enrique,
 me permitiera apurarla,
 yo descifrara este enigma:
 pero cuando á la ventana
 dejo á Florela á que cante,
 que es la seña concertada,
 antes les debo estimar,
 que de este sitio se vayan.
 Don Lucas se entró en su cuarto,
 Melchora con las criadas,
 que es su costumbre, estará;
 abierta la puerta falsa
 á Enrique el paso le ofrece.
 ¡O cuanto Florela tarda
 en decir para que logre
 la suerte á que aspira el alma!...

Camila dentro Florela, al
Servir en Oran al Rey
un Español con dos lanzas,
y con el alma y la vida
á una goliarda africana.

ESCENA XIV.

Dichos, Talaveron y Don Enrique con espadas y broqueles.

Enrique.

Esta es la seña.

Talaveron.

¿Sabrás

á que hora nos descalabran?

Leonor.

¿Don Enrique?

Enrique.

¿Leonor bella?

Antonio.

Ya esto está mejor que estaba.

Leonor.

¡Con cuanto susto mi afecto
entre impaciencias te aguarda!

Enrique.

Como en casa tienes dueño,
que sacrifique á tus aras
debidas adoraciones,
temí fuese la tardanza
ese motivo.

Leonor.

¡Ay, Enrique,

cuán desconfiado hablas!

Antonio.

Yo llevo; pues á los dos

no importa, para que salga,
que me describa (1)

Enrique.

¡Qué miro!
un hombre está allí ¡Ah, tirana!

Antonio

Yo soy; ¡mas válgame el cielo!
maté la luz.

Leonor.

Tente, aguarda,

don Enrique.

Talaveron.

Volaverunt.

Enrique.

Hombre, ilusión ó fantasma,
prueba el acero conmigo.

Antonio.

Bueno estoy yo si me embasa,
sin conocerme, mi amigo.
En todo caso la espada
por delante: ¡don Enrique?

Talaveron.

¡Qué don Enrique, ó qué haca?

Enrique.

¡Que mi saña no te encuentre!

Antonio

Si alcanzo una cuchillada
por galantear una tonta,
estoy como en una caja.

Leonor.

Florela, trae una luz.

(1) *Saca la cabeza embozado don Antonio, cede don Enrique á tiempo que se va á desembozar, y mata la luz.*

Talaveron.

Ya se alborota la casa. (1)

Lucas dentro.

¿Qué ruido es aquel?

Pedro dentro.

Yo soy:

¿no hay un diablo que me abra?

Enrique.

¡Gran confusion!

Antonio.

¡Fiero empeño!

ESCENA XV.

Dichos, y Florela con luz.

Florela.

Ya está aquí, como me encargas,
la luz... ¡pero ay de mí triste!

Leonor.

No te espantes, llega, acaba.

Enrique.

¡Qué miro!

Antonio.

¡Qué veo!

Florela.

¿No quieres

que me asombre mi desgracia
repetida? Esos dos hombres
son, señora, los que causan
mi desventura.

Leonor.

¿Qué dices?

Florcla.

Que son los dos que en mi patria

(1) *Golpes á la puerta de la mano derecha.*

me quisieron; que es el uno
de quien vivo enamorada,
y á quien aborrezco el otro;
y sin duda que en tu casa
me buscan ambos; y así
mi vida, señora, ampara,
que yo sin alma, sin voz,
sin aliento, sin palabras,
sin discurso, aun movimiento
para la fuga me falta. (1)

Talaveron.

Otra vez voló la luz.

Pedro dentro.

¿Estais dormidos, canalla?

Enrique.

¿Florela en Madrid, pesares? *ap.*

Antonio.

¿Dichas, Florela en España.? *ap.*

Leonor.

Sin saber que me sucede,
sustos y celos me matan.

Antonio

Hallé el primer escondite. *Escóndese.*

ESCENA XVI.

*Doña Leonor, don Enrique, don Lucas y Cartapacio
con luz.*

Lucas.

Aquí es el rumor: avanza,
Cartapacio; ¿mas qué miro?

Enrique.

¿Don Lucas?

(1) *Fase dejando caer la luz.*

Lucas.

¡Buena entruchada!
¿pues vos con Leonor y á oscuras?
¿qué haceis dentro de mi casa?

Enrique

Yo no sé que le responda. *ap.*

Leonor.

¡Ah, traidor, que mal me pagas!

Lucas.

Hablad, ó por Jesucristo,
que os descosa media panza.

Cartapacio.

Dios te tenga de su mano.

Enrique.

Esto es ponerlos en planta
vuestra intencion, y venia,
de la materia tratada
hoy entre los dos, á daros
respuesta.

Lucas.

¿Pues es cebada
que se descabeza?

ESCENA XVII.

Dichos y don Pedro.

Pedro.

En fin,
hasta que rompí la aldaba
no se os hicieron notorias
mis coces, ni mis patadas.
¿Mas quién está aquí?

Lucas.

Un amigo.

Pedro.

¿A quién busca?

Lucas

A un camarada.

Pedro.

¿Es á mi?

Lucas.

O á la sortija.

Pedro

Cosa es que pide probanza
ser la hora esquisita.

Lucas.

Trate

de picarse si le rasca,
que esto no le toca al viejo.
Caballero, usted se vaya.

Enrique

Estando aquí don Antonio, *ap.*
fuera en mi amistad infamia
no sacarle á todo trance.

ESCENA XVIII.

Dichos y doña Melchora corriendo tras las gallinas.

Melchora.

Pitas, pitas: ¡ay, que saltan!
¡ay, que se van!

Lucas.

Tome usted
estotra con la embajada
que sale ahora.

Pedro.

Melchorica,

¿que es esto?

Melchora.

Padre de mi alma,
que he comprado estas gallinas,
y no quiero que se vayan.

Cartapacio

Ox aquí.

Juana.

¿Qué hoberia?

Pedro.

Pues otorga la fianza
don Lucas, ya os podeis ir.

Enrique.

No me voy hasta que salga
una persona, que está
en aquel cuarto encerrada.

Leonor.

Librar quiere á don Antonio, *ap.*
y en mi opinion no repara.

Pedro.

¿Don Lucas, quién está allí?

Lucas.

Que se yo. (1)

Antonio.

Ya hallé una traza *ap.*
para escaparme famosa;
pues como es de la criada
este cuarto, una mantilla,
y un guardapies en su cama
he visto, y me le he vestido.

Juana.

¿Señores, tal zalagarda

(1) Al paño don Antonio vestido de muger, con guardapies verde y mantilla.

en qué parará?

Pedro.

¿Don Lucas,
qué decís?

Lucas.

Que es patarata,
que en este cuarto no hay nadie. (1)

Antonio.

¿Cómo que no? esto esperaba
yo ver: pícaro, alevoso,
ya verás lo que te pasa. *Vase.*

Lucas.

¿Muger de dos mil demonios,
tienes dedos ó tenazas?

Todos.

¿Que es esto?

Lucas.

¿Pues yo que sé?

Enrique.

Ahora está bien que me vaya. *Vase.*

Talaveron.

Don Antonio la logró. *Vase.*

Pedro.

Bueno por cierto; ¿encerradas
me teneis pelindusquitas?

Lucas.

¿Yo dusquitas, ni peladas?

¡plegue á Cristo!

Pedro.

Bien, don Lucas,
ya por indecencia tanta

(1) Sale don Antonio, y dá un pellizco á don Lucas al pasar muy de priesa.

queda desde hoy la sentencia
de casamiento anulada. *Vase.*

Lucas

Leonor, por la Cruz de Dios.....

Leonor.

Buena estoy yo para gracias. *Vase.*

Lucas.

Juana, si yo vi muger.....

Juana

¿Pues qué tenéis cataratas? *Vase.*

Lucas.

Cartapacio, ya tú sabes
mi inocencia.

Cartapacio.

Es una infamia,
que se te atribuya un hecho
de tan viles circunstancias.

ESCENA XIX.

Don Lucas y doña Melchora.

Lucas.

¿Melchora?

Melchora.

¿Qué es lo que quiere?

Lucas.

Si yo.....

Melchora.

No me hable palabra.

Lucas.

Entré muger.....

Melchora.

Yo la ví,
por señas tenía barbas.

*

Lucas.

No digas tal, que al creerte
de mi amor desconfiada,
quiere andar mi entendimiento
á coces con mi desgracia.

Melchora.

¡ Ah, traidor ! que me has dejado,
al ver tus carantamaulas,
entre el temor y el afecto
hecho el cariño una plasta.

Lucas.

¿ No bastan á persuadirte
ver, dulcísima tirana,
entre lágrimas y mocos
mis verdades estofadas ?

Melchora.

No, aleve; que allá en mi idea,
tal vez dura, tal vez blanda,
lo que la razon somete,
el desengaño sonsaca.

Lucas.

Pues yo me voy á tomar
por veneno de mis ansias,
con un bizcocho de á libra
un vaso de leche helada.

Melchora.

¿ Ese es amor ?

Lucas.

Es arrojó.

Melchora.

Eres un ruin.

Lucas.

Tu una zaina.

Melchora.

Lucas, murió mi fineza,

Lucas.

Melchora , pues enterrarla:

Melchora.

El se escurre. *ap.*

Lucas.

Ella se va. *ap.*

Melchora.

Alquitibi.

Lucas.

¡Ha, mariblanca!

Melchora.

¡O dómine ! contra tí
sermo sermonis me valga.

Lucas.

¡O musa ! quién comprendiera
si eres musa ó musaraña !

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

*Don Enrique, Talaveron, y don Lucas vestido de pe-
sante, con moño, y golilla muy grande, y asimismo
Cartapacio.*

Enrique.

¿Eso pasa?

Lucas.

Y esto almendra.

Desde el día que en el cuarto
de Juana, se vió salir,
sin que nadie hubiese entrado,
una muger casi hombre,
con mas barbas que un zamarro,
se oye en la casa un gran ruido
como en haberse soltado
una legion de demonios
tras de una sarta de diablos.

Enrique.

¿Qué decís?

Lucas.

¿Qué he de decir?

que estoy medio espiritado.

Enrique.

¿Y no hace mas de hacer ruido
ese duende, ó ese encanto?

Lucas.

La noche que se le antoja

despues que sobre mis cascós
 en un desvan , que es ojaldre
 del pastelón de mi cuarto ,
 al son de triste de Jorge
 suele bailar el canario ;
 me apaga la luz de un soplo ,
 y á pellizcos y azotazos ,
 me pone el cuerpo de mezcla ;
 porque como lo morado
 del golpe cae en lo amusco
 de mi pellejo no muy blanco ,
 parezco por la mañana
 bulto de carton jaspeado ,
 ó estátua de ébano puerco ,
 con betas de palo santo .

Enrique.

¿ Pues es posible , don Lucas ,
 que remedio no se ha hallado ,
 por conjuro , ó por precepto ,
 contra ese espíritu ?

Lucas.

Hermano ,
 un demonio que porfia ,
 es demonio por dos lados .
 Todo está pasado en cuenta ;
 y no habiendo aprovechado
 nada , al último remedio ,
 como dicen , apelamos ;
 con dos velas encendidas
 dos almirces sonando ,
 de servilletas las mozas ,
 de rodillas los criados ,
 sacamos don Pedro y yo ,
 de un cofre de felpa y raso ,
 la mas horrible reliquia ,

que tiene el género humano.

Enrique.

¿Y cual es?

Lucas.

La ejecutoria
de los Chinchillas hidalgos
in saecula saeculorum,
quae tuorum, quae tuarum;
y esta, y el título antiguo,
que á un tal nuestro antepasado
Gutibamba de Chinchilla,
dió Noé, estando embarcado
en el Arca, en que le hace
de la hermandad secretario,
familiar del Santo Oficio,
y Merino de Toranzos,
se las pusimos al duende.

Enrique.

¿Y qué hizo en fin?

Lucas.

No hacer caso:
con lo cual hemos creído,
que está el duende excomulgado.

Enrique.

¿Habrás visto otro necio
de tales entusiasmos?

Cartapacio.

¿Atropellar exenciones
y ejecutar á porrazos?
Mátenme si el duendecillo
no ha sido alcalde ordinario.

Enrique.

¿Y ese nuevo traje, amigo,
qué indica?

Lucas.

Que ya el bellaco
de mi suegro, el otro día
me echó de cabeza al patio.

Enrique.

¿Cómo?

Lucas.

Como ya en la junta
me recibió de abogado.

Talaveron.

¿Y á vos?

Cartapacio.

Yo, señor, ni aun soy
pasante de cirujano.

Lucas.

Para mí es brava cucaña :
porque con dos espantajos
de reproduzco, me afirmo,
lo del caso necesario,
media docena de *y porques*,
el susodicho á la mano,
y un demonio de aceitera,
que anda á los fines manchando
de cualquiera peticion ;
va el litigante pasmado,
mi suegro mama un doblon,
y yo pillo un real de á cuatro.

Enrique.

Eso no se puede errar.

Lucas.

Tambien tiene Cartapacio
el empleo de delirio.

Enrique.

¿De delirio?

Lucas.

Es que de un rasgo
borra los conocimientos,
aunque sean de cien años.

Cartapacio.

Ea, que todos selemos
retozar con Justiniano,
y Pandectas.

Lucas.

Es verdad:
él suele escribir á ratos.
El otro dia fui á hablar
sobre un pleito, en que un cuñado
de una tia, que era hermana
de una prima de su hermano,
dió muerte á un pariente de otro;
y ni veinte papagayos
pudieran hablar mejor;
porque yo saqué á Vulpiano
á danzar, á Rafael,
Fulgoso, Alberto y Oldrado:
y cité sobre la prueba
á Juanini, que de emplastos
trata con admiracion:
ibaumelo celebrando:
y yo apretaba de tieso.
Selió Moreto al estrado,
Vitlegas de Flos sanctorum,
Dioscorides de Doaldo,
Doña Maria de Zayas:
la historia de Carlo Magno.
Y viendo que aun todavia
estaba el cuento reacio,
eché á Calderon á cuestras,
que es quien mejor trata de autos.

Enrique.

¿Y qué hubo?

Lucas.

Todo el concurso
me dió infinitos aplausos.

Enrique.

¿Y saliste con el pleito?

Lucas.

No con todo, mas con algo,
porque al que yo defendia
que saliese desterrado,
le alzarou todo el destierro,
mas fue porque le ahorcaron.

Talayeron.

¡Tal fue la defensa!

Lucas.

¿Digo
parece que somos zaynos?
Don Enrique, ó don demonio,
¿no me decís en que estado
estais con la que ha de ser
costilla de este cuerpazo?

Enrique.

Mucho, amigo, se resiste.

Lucas.

¿Vos no la haceis arrumacos?

Enrique.

Encarézcola mi amor.

Lucas.

Si no fingís que os dá un flato
por ella, y os ve ella misma
echar la lengua de un palmo,
no ha de darse por vencida.

Enrique.

Mas vale hacerme pedazos.

Lucas.

Don Enrique, sois un bobo,
no conoceis estos trasgos:
hay muger, que dice á todo,
¡ qué porqueria! ¡ qué asco!
¡ que bazofia! y con los ojos
se quiere comer el plato.

Cartapacio.

Dios le libre á usted de algunas
gaticas de Mari Ramos,
que la juegan de mandoque.

Enrique.

Ella os está idolatrando.

Lucas.

¿ Con efecto?

Enrique.

Con efecto.

Lucas.

¿ Sin engaño?

Enrique.

Sin engaño.

Lucas.

¡ Que á todos los montañeses
nos aprecie el mundo tanto!

¡ Válgame Dios! ¡ qué tenemos
que todo lo acogotamos?

Cartapacio.

¿ Qué ha de tener un borrico *ap.*
sino la dicha de un asno?

ESCENA II.

Dichos y Don Antonio.

Antonio.

¿ Don Enrique?

Enrique.

¿Don Antonio?

Lucas.

¡Verbum caro! ¡Verbum caro!

¡San Speculum justitiae!

Antonio.

Todo hoy se me ha ido en buscaros
sin poder veros.

Lucas.

¿Este hombre,
no es la muger que del cuarto
de Juana salió?

Enrique.

Notad

con qué asombro está mirando
don Lucas.

Antonio.

El al entrar,
cogiéndome descuidado,
antes que con la mantilla
me recatase, de plano
me vió el rostro.

Lucas.

¿Si es el duende
que anda siguiendo mis pasos?

Enrique.

Pues buena la hemos hecho.

Antonio.

¿Pues puede ese tontonazo
imaginar que soy yo?

Lucas.

¿Don Enrique?

Enrique.

A deslumbrarlo
apelemos.

Lucas.

Don Enrique,
decidme, así un mayorazgo
os dió Dios por un hijar,
¿si ese hombre que os está hablando
ha sido acaso muger
antes de ser hombre humano?

Enrique.

¿Estais en vos?

Lucas.

Yo lo digo.

Enrique.

No abrais para eso los labios,
que es desatino.

Lucas.

Mirad...

Enrique

Juicios teneis temerarios.

Lucas

¿Pues si le he visto gallina,
no he de preguntar si es gallo?

Enrique

Proseguid en ese tema
y vendrá á desafiarnos
por la alrenta.

Lucas.

Peor es eso,
que el nacer un hombre calvo.
Y pues sin duda es el duende
este, que me anda barbaudo
con ojos, con fantasías
de Vizconde enamorado,
mas vale escapar

Antonio.

¿Don Lucas?

Lucas.

¿ Don demonio?

Antonio.

He reparado, ..

Lucas.

Hiciste mal.

Antonio.

En qué estais...

Lucas.

Ni estuve, ni estoy, ni he estado.

Antonio

Mirándome.

Lucas.

Yo no os miro.

Antonio.

Y yo....

Lucas.

No os acerqueis tanto.

Fugite partes duendorum. *Vase.*

Cartapacio.

Exi foras adversarium.

ESCENA III.

Don Enrique, don Antonio y Talaveron.

Talaveron.

Raras piezas amo y mozo.

Enrique.

Con efecto, él ha juzgado
que sois fantasma.

Antonio.

¿ Y qué soy
la vez que no tengo un cuarto?

Talaveron.

Espantajo del que espera,

que le han de pedir prestado.

Enrique.

¿Quién habrá dado motivo
á que crea que anda el diablo
en su aposento?

Antonio.

Sabed,

que desde que disfrazado
de muger, saqué á don Lucas
de un pellizco medio brazo,
doña Melchora, la tonta,
en estar zelosa ha dado
de él; y el modo de vengar
este mantillesco agravio,
ha sido martirizarle
á pellizcos y á porrazos;
pues ella y Juana, de noche
dejan que estén acostados
todos, y con otra llave,
que han hecho hacer para el caso,
entran en el aposento
de don Lucas, y en matando
la luz, le dan una felpa
peor que si fuera un raso:
y como solo es con él
el estruendo, los criados,
don Pedro, y los demás hacen
burla de lo que está hablando,
y no creen que hay tal duende.

Talaoeron.

Si solo tiene la mano
de hierro para don Lucas,
hacen bien.

ESCENA IV.

Dichos, doña Melchora y Juana.

Enrique.

Mas dos mantos
se acercan :.... ¿ Es á mi ?

Melchora.

No :

al de hácia esotro lado.

Talaveron.

¿ A mi ?

Juana.

Tampuerco.

Antonio.

Sin duda,

que soy yo el venturonazo.

Melchora.

Claro está. ¡ Jesus mil veces !
¿ veis que soy yo la que os llamo,
y os estais hecho un pegote ?

Antonio.

¿ Pues con el rostro embozado
era facil conoceros ?

Melchora.

¿ Pues es con lo que me tapo
alguna pared maestra,
ó un tafetau tan delgalado,
que le pasa un alfiler ?

¿ Y vos para penetrarlo
no teneis habilidad ?

No está el disimulo malo :
metedme el dedo en la boca.

Antonio.

No acierta á descubrir tanto,

aunque mi vista es de lince.

Melchora.

¿De lienzo? pues será un pasmo
tener niñas de cambray
con pestañas de Santiago.

Enrique.

Don Antonio, esta muger *ap.*
es peor, si lo apuramos,
que don Lucas.

Antonio.

En mí es esta *ap.*
mas diversion, que cuidado;
pues cuando à Florela adoro,
mal de otra pasion me arrastro.

Talaceron.

¿Y con efecto, conmigo
no hace papel Cartapacio?

Juana.

No he gustado yo en mi vida
de remoques ordinarios.

Antonio.

¿Cómo ha sido esta ventura
de salir hoy?

Melchora.

El criado

se fue á pleitos con don Lucas,
y quise pasar de un tranco,
como quien va hacia una parte,
y volviendo á esotra mano,
se halla donde está de pies
cuatro dedos mas abajo.
Solo por veros sali,
y pues al salir os hallo,
sali bien con mi salida,
saliendo con lo que salgo.

Antonio.

¿Y qué es?

Melchora.

A deciros como
ya está mi padre tratando
de comprar la señoría
á unas monjas, que heredaron
un título, que al convento
le llevó en dote el Vicario:
y no está la diferencia
mas que en catorce ducados.
Yo os escribo este papel,
y es mio; y por no fiarlo
de otra, le traigo yo propia,
y yo me quedo esperando
á mí misma, y bien podeis
entrar los ojos cerrados
á leerle.

Enrique.

Veámosle presto, *ap.*
que el papel será un milagro.

Antonio.

Lee. Encumbrado dueño mio,
ya sabes que yo te amo,
salga uno, salgan dos,
salgan tres, ó salgan cuatro,
Yo, por verte señoría,
aunque fuese entre farrapos,
diera tres dedas, y aun cinco,
que sobran á mi zapato;
y así, pues andamos tras
de un título estrofalario,
sabe tú lo que me toca
en cada mes, ó cada año
de alimentos de esta dicha

señoría ; y si el retazo
de este honor puede llevarse
por dote en lugar de trasto ,
á ti te lo digo , novio ,
entiéndelo tú , cuñado.

Enrique y Antonio.

¡ Raro papel !

Melchora.

Pues no es mio ,
que aunque yo le fui notando ,
me le escribió el aguador ,
conque es de su letra y mano,

ESCENA V.

Dichos y don Pedro.

Pedro.

Bueno es , que cuando le cito
de censibus á Avendaño ,
salirme con Valenzuela ,
testo espreso , propio y claro
an expositio grammaticæ .
¿ De qué sirve confutarlo ?
pues luego.... ; pero qué mlro !

Melchora.

¡ Ay , mi padre ! San Hilario.

Juana.

Mi señor : tápate aprieta.

Antonio.

¡ Fuerte lance !

Enrique.

¡ Cruel caso !

Pedro.

¡ A tomarme juramento
en derecho necesario ,

digera.....

Juana.

¿Señora, qué haces?

Melchora.

Yo bien sé lo que me hago. (1)

Pedro.

Que el aire de esta muger,
contra jure, es usurpado
del cuerpo de mi Melchora.

Antonio.

No temais, pues yo os amparo.

Enrique.

En vano es vuestro recelo.

Juana.

¿Qué envoltorio de los diablos
te estás haciendo?

Melchora.

No quiero
tener que pedir al manto,
que es hombre, y será hablador:
la basquiña en todo caso
es muger, y así sabrá
disimular un trabajo.

Veamos si cala la vista
de mi padre el mamparado,
la holandilla, y la badana
del rueda; y mas, confitado
de la cazcarria de un mes.

Pedro

El ver que se encubra tanto
de mi esa dama.....

Antonio

¡Hay tal necia!

(1) *Tápase con la basquiña.*

Pedro.

Caballeros, me ha causado
novedad, y así quisiera....

Enrique.

Señor don Pedro, logrando
yo esta ocasión, que anhelaba,
desde que por un tiempo
os ví en vuestra casa, aspiro
á que vuestra soberano
ingenio (id conmigo) pueda
de cierta duda sacarnos.

Tatáccoron.

Que os mira. *ap.*

Anselmo.

Ya os he entendido.

Pedro.

Decid, que á todo estoy llano.

Enrique.

Así remediarlo intentó. *ap.*

Ésa dama, que al recato
escrupuloso entregada
se os encubre, de un hidalgo
montañés es viuda.

Pedro.

¿Viuda?

Melchora.

Sí, señor, por mis pecados.

Juana.

Señora, calla.

Melchora.

No quiero,
que ya que me estoy ahogando,
quiero morir con mi habla.

Pedro.

Lo que presumí fue engaño. *ap.*

Enrique.
Tiene un hermano esta niña
título, y está en estado
la tal de segunda boda.

Melchora.
Tomo la primera, y callo. *ap.*

Antonio.
Tú harás que todo lo erreños. *ap.*

Enrique.
Quiere, según ha mostrado
en este papel, saber,
por ser al tal mayorazgo
inmediata, qué la teca
de honor en el comun trato
de señoría in spé,
y si por serlo su hermano,
alguna porción le toca?

Pedro.
En verdad que el punto es árduo;
pues aunque Otalora dice
en el capítulo octavo,
folio trescientos y doce,
que pueden ser dos hermanos
dado el uno por pechero,
y otro por noble, probando
el uno, y el otro no,
ser su origen noble y claro:
menos si en solar antiguo,
ejecutoria ó despacho
legítimo recayese
la sentencia, declarando
noble al uno, que esto basta
para que se entienda en ambos;
mas siendo esa mi señora,
como me habeis afirmado,

viuda ya de un montañés,
 la ennoblecíó su contacto,
 de forma, que aunque no fuese
 por todos cuatro costados
 hidalga, lo quedaria
 por ser su viuda: probatur
 per grammaticam Eurici
 ad codigum Toletanus
 directa; con que ya noble,
 recae con otro aparato,
 aunque no la señoría
 entera, lo necesario
 de ella, para distinguirse
 de merced un tanto cuanto.

Antonio.

Pues vos habeis de tomar
 este pleito á vuestro cargo,
 por ser de muger ilustre.

Pedro.

Yo estoy un poco ocupado:
 mi sobrino, mi Luquitas,
 que está en esto como un rayo,
 la demanda dispondrá.

Antonio

Pues quedando en tales manos
 vuestra dependencia, bien
 podeis iros sin cuidado.

Melchora.

Dios os guarde.

Pedro.

Y á usiria
 prospere el cielo mil años.

Melchora.

No mas, no mas.

Pedro.

Esto es deuda.

Melchora.

Quédese el buen abogado.

Pedro.

Por viuda de montañés
aun es poco extremo el que hago.

Juana.

Vámos con treinta mil sastres.

ESCENA VI.

Dichos, menos Doña Melchora y Juana.

Enrique.

Yo intento comunicaros
otra dependencia mía,
señor don Pedro, y he andado
buscándoos en las audiencias,
y ni en ellas, ni en palacio
os he podido encontrar.

Pedro.

Lo cierto, á las once y cuarto
del día en mi estudio.

Enrique.

Bien.

Antonio.

Ya que la esquina han doblado, *ap.*
van sin riesgos. Yo que tengo
que poner á mi cuñado
cuatro demandas á un tiempo,
¿podré también confiaros
esta empresa?

Pedro.

Os aseguro,
que va sobre mi cargado

todo un orbe; pero en fin,
 procuraré por un rato
 desembarazarme á Dios,
 que las doce estan sonando;
 y tengo en la Vicaria
 cierto pleito señalado
 para hoy, y desde aqui he visto
 ir hácia allá á mi contrario;
 mas no me la ha de pegar,
 por madrugar mas temprano;
 quia non dormitat Homerus.

ESCENA VII.

Dichos, menos don Pedro.

Enrique.

Hombres son estraordinarios
 tio y sobrino.

Antonio.

Y la tal

Melchora ¿no se ha escapado
 en una tabla?

Enrique.

Yo intento

pues ya su permiso alcanzo,
 como que á algun pleito voy,
 ver á Leonor:..... aunque estando *ap.*
 lo que aborrezco. (¡ay de mí!)
 tan cerca de lo que amo,
 mucho mi fortuna temo.

Antonio.

Yo á ver si acaso llegaron
 sin riesgo Melchora y Juana,
 despues iré:..... aunque es engaño, *ap.*
 que á ver si en Florela logro

ver la deidad que idolatro y
mi pasión me lleva.

Enrique.

Y pues de don Antonio recato
el ser Florela la dama,

que quise en mi haberes tanto.

Antonio.

Y pues don Enrique ignora
ser Florela el dueño ingrato
de mi pasión.

Enrique.

mi afecto.

Antonio.

Finja mi labio.

Los dos.

Hasta que fortuna y tiempo
abran camino á este eucanto.

Talaocron.

Y hasta que dos focos tales
pongan en jaulas de palo.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Florela y Doña Leonor.

Canta Florela.

Como al pensamiento mio
alas dá mi corazón,
se ca haciendo mi razon
esclava de mi alcedrio.

Leonor.

Florela, desde aquel dia;

que en casa dos hombres viste,
 y que eran los dos dijiste,
 uno á quien aborrecia
 tu ceño, otro á quien amaba
 tu corazon, no he podido
 penetrar en qué sentido
 por ambos tu pecho hablaba.
 Y así, el querido de ti,
 entre los dos, solicito
 saber cual es.

Florela.

Gran delito
 fuera, señora, (¡ ay de mí !)
 que fiada en tu piedad,
 te explicase mi fúeza,
 si es fuerza que la entereza
 culpe á la facilidad.

Canta.

*Que de amor el sentimiento
 para disculpar su accion,
 se ha de mirar la pasion
 á hurto de entendimiento.*

Leonor.

Pues para alentarte y que,
 fiándote mi secreto,
 los tuyos no me recates,
 yo adoro....

ESCENA IX.

Dichos, y Doña Melchora, y Juana con manto.

Melchora.

Ya está el conejo
 en madriguera.

Leonor.

Melchora,

¿de donde vienes? ¿qué es esto?

Melchora.

¡Ay, hermana! que me he visto
junto al diablo del infierno.

Leonor.

¿Junto á quien?

Melchora.

Junto á mi padre.

Leonor.

¿Qué dices?

Melchora.

Que nos cogieron.

Leonor.

¿En qué?

Melchora.

En una mala hacienda;
pero diréte lo luego,
que me voy á desnudar.

Juana.

Vamos, no nos pille el viejo
con los mantos, y conozca
la maula.

Melchora.

Y aquel caballero
don Enrique, aquel que te hace
zorrococos y pucheros,
venia detras de mi,
que será á buscarte creo:
y eso se quiere la mona.

Juana.

Vamos, señora.

ESCENA X.

Doña Leonor y Florela.

Leonor.
No tengo,
Florela, ya que deciste,
el nombre de Enrique oyendo,
y la noticia, aunque necia,
de lo que en mi amor le debo:
este secreto.....

Florela.
¡Ay de mí! *ap.*
declaráronse mis zelos.

Leonor.
Es el que solicitaba
fiarte.

Florela.
Y el que me ha muerto. *ap.*

Leonor.
El sube por la escalera:
y pues tu apacible acento
es costumbre en tí, y no puede
ser reparable, te ruego,
que puesta de centinela,
asegures mi recelo,
pascándote por delante
de esa ventana; y en viendo
que alguien viene, avisarás.

Florela.
¿A quién se lo mandó, cielos, *ap.*
que tercera de su agravio
solemnice su tormento,
sino á mí?

ESCENA XI.

*Dichos y don Enrique.**Enrique.*

Viendo, ó amado,
divino apreciable dueño,
cuan tarde amor restituye
instantes que roba el tiempo,
de la ocasion convidado,
á verte, y servirme vengo.

Canta Florela.

*Ven en hora felice,
desengaño alhagüeño,
que no importa que hieras,
si es el dolor idioma del remedio.*

Enrique.

¡Válgame el cielo, Florela! *ap.*

Leonor.

Si no estuviese creyendo
yo, que ó bien aborrecido,
ó bien amado, otro afecto
te debe mas que mi amor,
no temiera, como temo,
que ames y finjas.

Enrique.

Cualquiera
cariño, que en otro tiempo
haya sido como ensayo
del presente reudimiento,
muriendo de escarmentado,
solo puede ser trofeo
del templo del desengaño.

Florela.

¡Ah, villano! ya te entiendo. *ap.*

Canta.

Miente mil veces, miente
quien engañoso y fiero
labra al otro un delito,
como le ha menester su fingimiento.

Leonor.

¿ Viene alguien, Florela ?

Florela.

Nadie.

Leonor.

Como hicistes ese extremo,
yo imaginé.....

Florela

Si ya sabes
cuan segura estás, ¿ qué miedo
puede asustar tu ventura ?
Vuelve á hablar, que á cantar vuelvo.

Leonor.

Canta, pero sea mas bajo,
que alzando tanto el acento,
no dejas que nos oigamos.

Florela

Harto oigo, y harto os dejo. *ap.*

Enrique.

¿ Quién, cielos, se vió forzado *ap.*
á hablar entre dos, temiendo
ser grosero, ó ser cobarde ?

Leonor.

¿ Conque á tí no te debieron
en otro clima otros ojos,
mariposa de su incendio,
alguna atencion ?

Enrique.

No quieras
hacer un loco de un cuerdo.

Leonor.

¿Cómo?

Enrique.

Como no he creído,
que puedan ser verdaderos
jamás instrumentos tales,
que saben llorar riendo. (1)

Florela.

No así sucede ¡ay triste!
á los que aun hoy han hecho
de su verdad testigos
tanta nevada lágrima de fuego.

Leonor.

Ya es mucho afecto el que miro. *ap.*
¿Florela?

Florela.

Señora.

Leonor.

Pienso,
según ya cantas, ya lloras,
ya te irritas, que queriendo
no descubrirte, me has dicho
más, que yo saber desco.
Don Enrique, como sabes,
uno es de los sujetos
de aquel lance.

Florela.

Sí, señora;
pero es al que yo aborrezco,
y él me aborrece.

Leonor.

¿De veras?

(1) Lloro y canta Florela.

Florela.

Pregúntaselo.

Leonor.

No quiero ,
que basta que tú lo digas.

Florela.

Mi muerte en viéndole veo :
una fiera es , es un monstruo ,
es un áspid....

Leonor.

Quedo , quedo ,
que no es todo lo que dices ;
que aunque de escuchar me huelgo
que le aborrezcas , no tanto ,
que ultrajes á lo que aprecio.

Florela.

Dices bien ; mas yo.....

Leonor.

Prosigue.

Florela.

Si pudiera.....

Leonor.

Dilo presto.

Florela.

Decirte....

Leonor.

¿ Qué ?

Florela.

Que esta ira ,
que esta llama , que este hielo
es.....

Leonor.

¿ Qué es , Florela ?

Florela.

No es nada ;

vuelve á hablar , que á cantar vuelvo.

Leonor.

¿Qué es esto ? ó esta muger *ap.*
es loca , ó yo no la entiendo.

Enrique.

Mi bien , un rato que logro ,
me le hurtas con otro objeto.

Leonor.

Segun lo que de él presumo ,
mas le logro , que le pierdo.

Florela canto turbada.

Amor , ya tú , mi vida ,
iras , venganzas , zelos ,
lográs , intentas , buscas ,
guárdate , corazon , huye.

Leonor.

¿Qué es esto ?

Florela.

Que por la escalera sube
gente.

Leonor.

¿Y puede sin recelo
salir don Enrique ?

Florela.

No.

Leonor.

Pues á la puerta apelemos
de esotra calle.

Enrique.

¡O que poco
sabe durar un contento ! *Vase.*

Leonor.

Quédate á hacer la deshecha
tú , Florela mientras vuelvo.

ESCENA XII.

Florela.

Vé segura, que si haré.
 ¡ Válgame Dios! ¡ aquel ciego
 amante, que tantas veces
 rendido, amoroso y tierno,
 juró no olvidar jamás
 la esclavitud de mi obsequio,
 á otra sirve á vista mía?
 no puede ser, ó yo sueño.
 Por este aleve, este injusto,
 este cruel, este fiero,
 dejé mi patria; y en ella
 el bien por el mal creciendo,
 las verdades, desprecié
 de otro amor, que desde luego
 á mi voluntad postrado,
 me entró afirmando y diciendo.

ESCENA XIII.

*Florcla y don Antonio.**Antonio.*

Lo que ahora, ingrata bella,
 te vuelvo á afirmar de nuevo,
 es, que jamás he tenido
 vida, corazón, ni aliento
 para mirar otros ojos,
 que los tuyos, aunque en ellos,
 mal vista la adoración,
 se escuse de atrevimiento.

Florela.

¡ Don Antonio, cómo vos

entraís aquí?

Antonio.

De los ecos
de tu dulzura avisado,
como esta casa es mi centro,
desde que tú en ella habitas,
estando en la puerta, y viendo
que está abierta, entré á buscarte.

Florella.

¿Hasta cuando he de hallar, cielo
lo que adoro desdeal,
y fino lo que aborrezto?
Idos, don Antonio.

Antonio.

Antes.....

Florella.

Mirad por mi honor.

Antonio.

Pretendo,
que conocas

ESCENA XIV.

Dichos y doña Melchora.

Melchora.

Leonorica.

¡Mas ay, Jesus, lo que veo!
Don Antonio de mi alma.

Antonio.

Mal hayas tú, á que mal tiempo *ap.*
has venido.

Melchora.

Hijito mio.

Florella.

¿Cielos divinos, qué es esto?

Melchora.

Ya sé que es esta venida
á buscarme; pero, necio,
tontirriton, ya que rabias
por verme cada momento,
¿no me hubieras avisado?

Florela.

Tiene razon, caballero,
¿no avisárais á la dama
que buskais, para con eso
no mentir con otra?

Antonio

Yo

solo á tí, Florela, quiero.

Melchora.

Es verdad, para doncella
nuestra, cuando nos casemos.

Antonio.

Quita.

Melchora.

Quita.

Antonio.

Aparta.

Melchora.

Aparta.

Antonio.

Que mi pecho.

Melchora.

Que mi pecho.

Antonio.

Solo á tí, Florela, adora.

Melchora.

¡Ay, que te adora! me huelgo.
Mira que te está adorando,
peró á mí me está queriendo.

Florella.

Como siempre aborrecido
la sido de mí, no tengo
que sentir menos, ni mas.

ESCENA XV.

Dichos, menos Florella.

Melchora.

¿Qué es esto demas, ni menos
conmigo? Puerca, criada,
¿y habladora demas de eso?

Antonio.

¡Que esto me suceda á mí!

Lucas dentro

¿No conoces, que no vemos
á subir por la escalera?
Cartapacio, aunque sea un dedo,
trae encendido.

Pedro.

¿Ah, muchachos?

Melchora.

¡Jesus! don Lucas, y el viejo:
mira cómo has de escaparte.

Antonio.

¿Y tú dónde vas?

Melchora.

Ya vengo. *Vase.*

Antomo.

¡Que siempre haya de andar yo
en escondites y riesgos!

Pero si á una tonta busco,
esto y mucho mas merezco. *Escóndese.*

ESCENA XVI.

Don Lucas, Cartapacio y don Pedro.

Cartapacio.

Aquí está la luz.

Pedro.

Don Lucas,
mirad que con mucho seso
se ha de hacer la petición.

Lucas.

Y aun con hígado la haremos:
¿qué nos le hemos de quitar
por el demonio del pleito?

Cartapacio.

Usted lo deje á nosotros,
que acá nos entenderemos.

Pedro.

Hay la parte de la viuda,
el hermano, y el convento:
cuidado.

Lucas.

Ya estoy en todo;
¿piensa usted que no sabremos,
que una demanda está escrita
en llevando medio pliego?

Cartapacio.

Y mas cuando yo aseguro
por tí el demandadero
del santo Cristo de Ribas.

Pedro.

Pues en mi estudio te dejo,
cierra las puertas. (1)

(1) Cierra don Lucas por dentro, dejando la llave en la cerradura.

ESCENA XVII.

Don Lucas, Cartapacio y don Antonio al paso.

Antonio.

¡Qué escucho!
vive Dios que yo me quedo
enjaulado, y es preciso,
que adonde estoy entre luego
don Lucas, por ser su alcoba
esta: buena la tenemos.

Lucas.

Sirviente descomulgado,
pon ese bufete en medio
de esa sala, y para entrar
en la meteria, el Digesto
me trae ante todo.

Cartapacio.

¡Toma!
pues si viene á ser el hecho
del convento, y de la viuda
sobre el súbito alimento
de señoría improvisa,
¿qué tiene que hacer con eso
el digesto, ó la matraca?

Lucas.

¡En un negocio, camueso,
para entenderle, no es fuerza
digerirle bien primero?

Cartapacio.

Si, señor.

Lucas

Pues ves ahí
como el estómago siendo
ese libro de las leyes,

es necesario en efecto;
 pues sin digesto será
 todo cruzezas un pleito.
 Busca á Olea.

Cartapacio

¿ Para qué ?

Lucas.

Para que si le perdemos,
 vaya, antes que el pleito muera,
 con todos sus sacramentos,
 y con Olea oleado.

Cartapacio.

¡ Justo Dios, cuan grandes fueron *ap.*
 mis pecados, pues me tienes
 á fucias de este jumento! *Vase.*

Antonio.

¿ Eu qué vendrá esto á parar ?

Lucas.

Búrlense con el mozuelo.
 Vive Dios, que á juez y audiencia
 he de alborotar á testos. (1)

Cartapacio.

Los libros están aquí,
 mas yo por otros no entro.

Lucas.

¿ Porqué, tonto ?

Cartapacio.

Porque está
 toda la casa en silencio,
 como son mas de las doce;
 y si este duende ó infierno
 quiere retozar conmigo,
 no ha de pillarme el colete

(1) *Sale Cartapacio con un libro.*

solo.

Lucas.

Pues iremos juntos.

Antonio

¿ Duende dijo? yo aprovecho la ocasion para escaparme.

Lucas.

Y pues dos haciendas puedo hacer, mientras yo me voy desnudando, vé escribiendo.

Cartapacio.

Dios ponga tieno en tu lengua.

Lucas.

Cruz y margen

Cartapacio.

Ya está hecho.

Lucas, dictando.

Nos la parte de la viuda, en los autos del Convento, por mí, y sin mí, como mas haya lugar en derecho.

Cartapacio.

¿ Señor, qué dices?

Lucas.

Escribe.

Cartapacio

Este empezar es proemio de carta de escomunión.

Lucas

¿ Qué demanda no es lo mesmo, pues ya entra descomulgando cláusula que entra pidiendo?

Prosiga y calle.

Cartapacio.

Me padro. *ap.*



Lucas , dictando.

En el dicho heredamiento
de la dicha , que hoy el dicho
por el susodicho ha hecho.

Cartapacio.

¿ Es taravilla , señor ?
¿ no reconoces que al verbo
le falta aqui el sustantivo ?

Lucas.

Ponérsele.

Cartapacio.

No está á tiempo.

Lucas.

Que lo esté.

Cartapacio.

Falta el pronombre.

Lucas.

¿ A donde ?

Cartapacio.

Junto al adverbio ,
porque la persona que hace
no permite suplemento.

Lucas.

¿ Qué apuesta usted que le encaje
en la cabeza el tintero ,
porque no me sea hablador ?

Cartapacio.

Veráse usted bien en ello ,
que esta es sola insinuacion
nacida de un buen afecto.

Lucas.

¿ Qué sabe él ?

Cartapacio.

Fámulo he sido ,
y tuve en todo el colegio

fama...

Lucas.

De gran ladronazo.

Cartapacio.

¡Virgen santa! que me pierdo
con este hombre.

Lucas, dictando.

Escriba, escriba.

Cartapacio.

Por si es pulia, Fariseo.

Lucas, dictando.

Y porque en la señoría,
que reproduzco, y pretendo
se me debe la mitad,
que es la ñoría á lo menos.

Cartapacio.

¿La ñoría? ¿qué es ñoría?

Lucas.

Bruto, si para el sustento
del inmediato se debe
dar de la hacienda del dueño
del mayorazgo una parte,
¿quieres que el todo intentemos
de la señoría, y quede
el principal boquiabierto?

Cartapacio.

Sin ver á Lucas de Feudis,

no se puede hablar en eso.

Lucas.

Deces bien, ven á buscarle. (1)

(1) *Fanse y se llevan la luz, y sale don Antonio con una sábana al hombre, y recuelte todos los papeles.*

Antonio.

Ya que con la luz se fueron,
 por que crean que es el duende
 quien los trastos ha revuelto
 de la mesa, tengo de
 barajar, aunque sea á tiento,
 libros, tintero y carteras,
 para que ya que del miedo
 esten ocupados, puesta
 esta sábana, que al lecho
 de don Lucas he quitado,
 en la cabeza, corriendo
 los haga ir, y pueda abrir
 la puerta, en el intermedio,
 del cuarto: mas ay, que vuelven,
 y ya la entrada no encuentro
 de la alcoba: esta es la mesa,
 debajo de ella me meto. (1)

Lucas.

In terminis trae el caso
 prevenido: ¿mas qué es esto?
 ¿quién demonios ha esparcido
 estos trastos por el suelo?

Cartapacio.

Sino que haya entrado Juana.

Lucas.

Entra, y mira ese aposento.

Cartapacio.

No hay nadie.

Lucas.

¿Qué dices, hombre?

Cartapacio.

Que este debe de ser juego

(1) *Salen los dos.*

de Martinico.

Lucas.

La Virgen
me valga de no me acuerdo:
recoge estos trastos, y
prosigamos.

Cartapacio.

Yo no acierto
á formar letra.

Lucas.

¿Por qué?

Cartapacio.

¿Por qué ha de ser? porque tiemblo.

Antonio.

Si estoy en abreviatura
un instante mas, me muero.

Lucas, dictando.

Y porque...

Cartapacio.

Y porque...

Lucas, dictando.

La dicha

viuda en seco...

Cartapacio.

Viuda en seco...

Lucas, dictando.

Debe...

Cartapacio.

Debe...

Antonio.

Pues que pagues

Lucas.

? Respondieron?

Cartapacio.

Respondieron:

Lucas.

¿Fuiste tú?

Cartapacio.

Otro acento fue,
que vino de los infiernos.

Lucas.

¿Cómo?

Cartapacio.

Como de debajo
de la tierra salió el eco.

Lucas.

¡Jesus! ya á sudar empiezan
girapliegas mis cabellos.

Cartapacio.

Señor, por amor de Dios,
que acabemos.

Lucas, dictando.

Si, acabemos.

Y porque lo favorable...

Cartapacio.

Favorable...

Lucas, dictando.

Del derecho...

Cartapacio.

Del derecho...

Lucas, dictando.

General...

Antonio.

Y Teniente

Lucas.

¡San Eusebio!
que otra vez sonó la voz.

Antonio.

Si no me estiro, rebiento. (1)

Cartapacio.

Ay, señor, que el suelo se hincha,
que va la mesa creciendo,
que me llevan los demonios.

Lucas.

¿Zancajos, para qué os quiero? *Vanse.*

Antonio.

Echélos; pero mi astucia
me ha salido sin provecho,
pues sin luz la puerta ignoro.

ESCENA XVIII.

Don Antonio, doña Melchora y Florela.

Melchora.

Florela, ven, y veremos
que estruendo es este.

Antonio.

¿Melchora?

Melchora.

¡Jesus! Un hombre de yeso
me traga: tío, favor.

Florela.

¡Valednos, divinos cielos!

Antonio.

Melchora, mira que soy
don Antonio.

Melchora.

No te créo,
que tú eres blanco; y esotro

(1) *Levántase don Antonio con la mesa, y caen todos los papeles, y la luz.*

es entre amusco y trigüeño.

Antonio.

Oye, espera.

Melchora.

Madre mia,
padre mio, tío, abuelo,
agua de cerezas, agua,
que he visto al duende, y fallezco
del flato del corazón. *Vase.*

Florela.

¿Don Antonio, pues qué extremo
es este? ¿qué vil disfraz!

Antonio

No pases, ingrato dueño,
adelante, cuando sabes,
que estoy en tan grande riesgo
solo por ti.

Florela.

Escondete,
que viene hácia aqui don Pedro.

ESCENA XIX.

Florela, don Pedro, Juana, Cartapacio, don Lucas.

Pedro.

¿Qué duende, ó qué patarata
es el que ves, embustero?
¿á donde está?

Cartapacio.

No le llames,
porque vendrá en un momento.

Lucas.

Diera un brazo, por que hiciera/
un destrozo con el viejo.

Pedro.
Retiraos todos; ¿ Florela ?

ESCENA XX.

Don Pedro, Florela y don Antonio al pan

Florela.

¿ Señor ?

Antonio.

Escuchar pretendo
desde aquí.

Pedro.

El que propiamente
fantasma de amor y zelos
pretende que le conteste
la demanda de un afecto,
que muere por tu desdén...

Antonio.

¿ Qué escucho ?

Pedro.

Es mi rendimiento.

Florela.

Ya os he dicho cuán inútil
siempre ha de ser vuestro ruego.

Pedro.

Niña, solitos estamos.

Antonio.

Si él porfia, mucho temo,
que ha de ir hácia su cabeza
cuanto trasto hay aquí dentro.

Pedro.

Y así, una vez declarado,
no he de ceder, no adquiriendo
auto en favor.

Florela.

¿De qué suerte?

Pedro.

Logrando en los cinco textos
de esos partidos jazmines
al alegato mas bello.

¿Qué respondes?

Antonio.

Que un letrado

bastante tiene con eso. (1)

Pedro.

¡Ay, Jesus!

Antonio.

Tome el vejete
enamorado.

ESCENA XXI.

Don Pedro, don Lucas, doña Melchora, doña Leonor, Cartapacio y Juana.

Todos.

¿Qué estruendo

es este?

Pedro.

Nada; ¡ay amigos!

bien decís; el diablo suelto
anda en esta casa.

Todos.

Hayamos.

Lucas.

¿No lo dije yo? me alegro.

(1) *Tráele los libros y tintero, y Florela se va con la luz.*

Pedro.

Los trastos vuelan por sí;
no es natural este cuento.

Lucas.

¿No venera egecutorias,
y venerará esqueletos? *Vase.*

Juana.

En lengua y media no paro. *Vase.*

Cartapacho.

En mis colchones me envuelvo.

Florela.

¿Ah, don Antonio?

Antonio.

¿Ah, Florela?

Florela.

No es tiempo de que apuremos
tus traiciones.

Antonio.

Ni tampoco
de inquirir tus finjimientos.

Florela.

Pues amante de Melchora
finjes que á buscarme has vuelto...;

Antonio.

Pues que de don Pedro amante
no sin falta de misterio
en su casa estás. ...

Florela.

Y así,

pues, para otra ocasion dejo
mi queja....

Antonio.

Pues yo mi agravie
para otra ocasion reservo....

Florela.

Esa llave tuerce, y vete.

Antonio.

Si haré; mas será diciendo...

Florela.

Que en pesares.

Antonio.

En congojas.....

Florela.

En sustos.....

Antonio.

En escarmientos.....

Los dos.

Lo que calla la razon,
es fuerza que diga el tiempo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Don Pedro leyendo un papel.

Música.

*En el dicho día
el dicho se toma
al dicho pasante,
y á la dicha novia.*

*La dicha se aplauda
de dichas personas
en los dichos versos
de estas dichas coplas.*

*Lee. Los papeles os remito
conforme á lo que nos toca
por acá. En cuanto á madama
Floreta, y en lo que toca
á su madre, es en Amberes
de familia generosa;
de su padre el apellido
os dirá, que es española
de las montañas de Burgos.
No hay que leer otra cosa,
que si es montañesa, es fuerza
que le rebose la honra.
No en vano hasta investigar
esta circunstancia heróica,
la rebeldia acusando
mi inclinacion poderosa*

á la parte de mi afecto,
 que volviere no hubo forma
 al oficio del deseo
 los autos de la concordia.
 Mas ya sabiendo que tiene
 esta picarilla hermosa
 de sangre de la montaña
 la mitad de media onza,
 la especial dignidad suma
 de montañesa persona,
 si por madre no la tañe,
 en fin por padre la toca.
 Pasado mañana caso
 á Lucas, de popa á proa
 con Leonor, y á fe que yo
 no me he de quedar á solas
 con tan perfecta criada,
 á que tardando mi boda,
 lo que he ganado en diez años,
 eche á perder en un hora
 el dia propio....

ESCENA II.

Don Pedro ; don Lucas y doña Melchora asustados.

Lucas.

Tío.

Melchora.

Padre.

Pedro.

¿Qué es esto, Lucas, Melchora,
 qué quereis?

Lucas.

Esputumarajos
 vengo echando por la boca,

Melchora.

Yo estoy de puro corage
mas amarga que una alcorza.

Lucas.

Y si usted tal porqueria
entre dientes no la toma....

Melchora.

Y si usted en lo que digo,
no va y hace, vuelve y torna....

Lucas.

Vive Dios....

Melchora.

Voto á Fr. Pedro...

Los dos.

Qué haré que los sordos me oigan.

Pedro.

¿Qué es esto? ¿en presencia mia
tú me juras? ¿tú me votas?
¿qué ha habido?

Lucas.

¿Usted, señor tío,
le ha parecido hasta ahora,
que el que me rapa el vigote
puede hacerme la mamola?

Melchora.

¿Usted, padre, ha imaginado,
que yo soy alguna tonía,
que no sé que por el asa
se moja el pau en la olla?

Lucas.

Vengo á casa, y oigo puesto
ya mi casamiento en solfa;
venga el dicho, torna el dicho:
¿es esto hilyanar alforzas?

Melchora.

¿Estoyme yo callandito,
y oigo que se casan otras?
pues digo, ¿he nacido yo
para portero de Atocha?

Lucas.

Y así de esas pataratas.....

Melchora.

Y así de esas carantoñas....

Lucas.

De músicas que me guiscan.....

Melchora.

De canciones que me coscan.....

Los dos.

Reforme el cuento mi tío,
que es infamia el que propongan ...

Ellos y Música.

Que en el dicho día, &c.

Pedro.

Aunque el letrado contrario,
cuando á defenderse ponga
su parte, atrevidamente
me baldone, es bien que le oiga,
que el juez hace mejor juicio
del que menos se apasiona;
y así porque el mundo le haga
de mí, no os respondo en forma
á tan necias osadías,
y á indignidades tan locas.
Esos versos que se estudian,
y que han de servir de loa
al festín de esotro día,
cuando la nupcial antorcha
encienda himeneo en esa
apolinea claraboya,

yo los he escrito ; no siendo ,
ya sea gualdrapa ó tizona ,
el primero á quien las musas
le hayan sido muy devotas.
Tú has de casar con Leonor
sin remedio.

Lucas.

¡ Dale bola !

Pedro.

Cuando no fuera por tantas
conveniencias , que se logran ,
porque no se pierdan versos
hechos por mí á toda costa.
¿ Y tú , hija mía , no sabes ,
qué bien te estará una toca ?

Melchora.

Sí , señor , por el cogote ,
velándome en la parroquia.

Pedro.

Esto ha de ser , no hay remedio ;
Lucas , casamiento acota ,
Melchora , clausura admite ,
para que al ver que mejora
vuestra suerte en su eleccion ,
pueda proseguir la glosa.

El y Música.

La dicha se aplauda , &c.

ESCENA III.

Don Lucas y doña Melchora.

Lucas.

¡ Válgame Dios ! yo he quedado
como el que á comer se arroja
con vivas ansias , y se halla

dentro del plato una mosca.

Melchora.

¿Qué es esto que me sucede?
¿soy yo misma, ó soy mi sombra?
¿ó soy una conocida,
que me entro á ver á mí propia?

Lucas.

¿Yo casarme con muger
de quien las mañas se ignoran,
cuando á un albeitar se envia
una mula que se compra?

Melchora.

¿Yo quedarme solterica,
y mi hermana á ser señora?
No, señor, esa zanguangua
allá á Marica la tonta.

Lucas.

Melchora, yo, si, que, cuando....

Melchora.

¿Don Lucas, de qué te ahogas?

Lucas.

De un flato de amor.

Melchora.

Regüelda.

Lucas.

No puedo.

Melchora.

Pues huele estopa.

Lucas.

Es imposible.

Melchora.

¡Ay, don Lucas!
que estás haciendo la zorra.

Lucas.

¡Ay, Melchora, si tú fueses....;

Melchora.

¿Quién?

Lucas.

Aquella mi señora.....

Melchora.

¿Cuál?

Lucas.

El otro caballero.....

Melchora.

¿Para qué?

Lucas.

Para una droga.

Melchora.

¿Qué hicieras?

Lucas.

Yo les vendiera

rábanos por alcachofas.

Melchora.

Declárate.

Lucas.

Estoy en muda.

Melchora.

Habla.

Lucas.

La lengua se embrolla.

Melchora.

¿De qué, Lucas?

Lucas.

Del respeto

que te debe.

Melchora.

Zampatortas,

vamos al remedio.

Lucas.

Es una

soberana angaripola.

Melchora.

¿Y me puede á mi estar mal?

Lucas.

No es mas que contra tu honra.

Melchora.

¿Pues, tonto, si no es mas de ese inconveniente, qué importa?

Lucas.

Pues, Melchora, di que eres
tú mi esposo, y yo tu esposa,
yo te daré alhajas mias,
y dí que mi amor te dota,
y dejame á mi el enredo.
Esto, al instante que oigas
que se urde la escarapela.

Melchora.

¿Y con eso, qué se logra?

Lucas.

Una de dos, que nos case
nuestro tio en causa propia,
ó que consigamos verle
en horrico, y con corozca.
Y porque no desconfies,
toma esa diestra, bobota,
y envuélveme en algodón
esas cinco zanahorias.

Melchora.

Tuya soy á todo ruedo.

Y soy terrible chuzona:

si con don Lucas me caso, *ap.*

y don Antonio, dos bodas

á un tiempo pillo, y con eso

seré muger poderosa.

Lucas.

A Dios, Melchora.

Melchora.

A Dios, Lucas.

ESCENA IV.

Don Lucas y Cartapacio.

Cartapacio.

¿Señor?

Lucas.

¿Qué hay?

Cartapacio.

Mas de una hora,
que te esepera don Enrique
sentado en la silla rota
del recibimiento.

Lucas.

Y dime,

¿trae la cara como en forma
de pedirme chocolate?
porque es visita con foncha.

Cartapacio.

Ofrecérselo es preciso,
que es por la mañana.

Lucas

¡Moscas!

Anda, ve, y dile, que digo
yo, que estoy en la Victoria.

Cartapacio.

¿Y si sabe que te niegas?

Lucas.

Que no lo sepa.

Cartapacio.

Perdona;

que yo no hago indignidad
tan de tu prosapia impropia.

Lucas.

Pues dile que entre, que yo
te descontaré una onza
de tu ración.

Cartapacio

¿Por seis cuartos
te acuitas, y te congojas?

Lucas.

Por menos un primo mío
lleva un garrafon de aloja,
y será un octavo nieto
de la Infanta doña Alfonsa.

ESCENA V.

Dichos, y don Enrique.

Enrique.

Estrañareis que yo os busque,
don Lucas, á tales horas.

Lucas

Mire si la hora encarece, *ap.*
él viene á pegarla de onza.

Enrique.

Pues sabed, que es un cuidado
el que á venir me ocasiona
á buscaros.

Lucas.

Ya se ve, *ap.*
el de almorzar á mi costa.

Enrique.

Hanme dicho, que de un susto
que el duende os pegó en esotra
casa, habeis estado enfermo.

Lucas.

No venís con mala droga ,
después de costarme el cuento
una ayuda y cien ventosas

Enrique.

¿Pues qué hubo?

Lucas.

Estando en mi cuarto
ví salir, como en tramoya ,
de la tierra un elefante
de legua y media de cola ,
á caballo en un cabrito
con un farol en la trompa ;
y así como iba saliendo ,
se iba convirtiendo en mona.

Cartapacio.

Yo le ví, yo, si señor ,
mas á Dios se dé la gloria ,
desde esta mudanza en casa ,
si no es á nuestras personas ,
no se ven otras fantasmas.

Enrique.

¿Os parece que son pocas?

Lucas.

¡Ay, don Enrique! ahora que
se me ha venido á la cholla ,
cogite, Martín, pesquète.

Enrique.

¿Qué dices?

Lucas.

Que la forzosa
te hice á las damas , y es fuerza
á que soples , ó que comas ,
hijo mio.

Enrique.

¿De qué suerte?

Lucas.

Cartapacio, á la señora
doña Leonor, callaudito,
como de accion misteriosa,
búscala, y dila al oido,
que un hombre que la enamora
está aqui, y si te pregunta
si estoy fuera, di que ahora
fui á los pañeros.

Cartapacio.

¿Y á qué?

Lucas.

A escoger unas pistolas.

Cartapacio.

Voy en un vuelo. *Vase.*

ESCENA VI.

Don Lucas y don Enrique.

Enrique.

¿Qué intentas,
don Lucas?

Lucas.

La gerigonza
apurar, con que me haceis
creer, que está la chicota
enamorada de mí,
y que á vuestras carantoñas
se resiste.

Enrique

Oid, mirad.

Lucas

No hay que andarme en ceremonias:

detras de aquella cortina
me escondo, para que á posta
la enamoreis á mi vista,
que quiero ver qué ós responda.

Enrique.

Si os he dicho..

Lucas

Cantaleta.

Enrique.

Que solamente...

Lucas.

Zambomba.

Enrique.

Os ama á vos.

Lucas.

Tararira.

Enrique.

¿ Qué pretendéis ?

Lucas.

Que yo lo oiga.

Enrique

Vive Dios, que hará este necio, *ap.*
que se nos descubrirá toda
nuestra cautela; no estando,
de su invencion maliciosa,
doña Leonor avisada. (1)

Lucas.

Desde aqui atisbo.

Cartapacio.

El que notas

es.

Leonor.

Pues, Cartapacio, ya

(1) *Al paño doña Leonor y Cartapacio.*

que tanto te debo, toma
ese doblon, y si viene
alguien, avisa.

Cartopacio.

Me compras
el silencio: Dios te guarde.
Como yo pille, arda Troya. *ap.*

ESCENA VII.

Doña Enrique, doña Leonor y don Lucas al paño.

Enrique.

¡Válgame Dios! si mis señas *ap.*
conseguiré que conozca.

¿Leonor?

Leonor.

Mi Enrique, mi bien,
mi dueño, ¿hasta cuando ansiosa
mi fineza habia tu vista
de suplir con tu memoria?

Lucas.

¡Toma, si lo dije yo!

Enrique.

Leonor, como siempre contra
nosotros en todas partes
hay quien nos mire, y nos oiga,
no estrañes, que temeroso...

Leonor.

¡Ah, ingrato, que no te corras
de acordarme, que hay quien pueda
tenerme de tí zelosa!

Enrique.

¿Zelosa de mí?

Leonor.

De tí,

pues á tí solo te adora
mi ceguedad.

Lucas.

Mas clarito
no lo dirá una cotorra.

Enrique.

¡Que no me entienda! repara
en que cuando á ser esposa
de don Lucas te destinás..

Leonor.

¿Ahora ese monstruo me nombras?
¿No sabes que ese incapaz,
ni aun me debe el que le oiga?

Lucas.

Usted viva dos mil años:
¡qué cortesana es la moza!

Enrique

¿Pues no es fuerza que á tu padre
obedezcas, y te pongas
en sus manos?

Leonor.

Yo á un tirano
no me rindo

Lucas.

¡Santa Orosia!
¿asi trata al padre nuestro?
por Jesucristo que es mora.

Leonor.

Y asi, don Enrique amado...

Lucas.

Ya escampa, y llueven carocas

Leonor.

Pues yo no puedo dejar
de ser tuya...

Lucas.

Aprieta, boba.
 ¡ Infeliz mollera mía
 en poder de esta bribona,
 si ella te hubiera pillado!

Leonor.

Dispon el cómo se rompan
 las prisiones, que tiranas
 ya mi tolerancia postran.

Lucas.

Yo iré á disponer, supuesto
 que está mi tío en su alcoba,
 que te venga á ti á romper
 lo primero que te coja.

ESCENA VIII.

Don Enrique y doña Leonor.

Enrique.

Ya, don Lucas me parece
 que se fue.

Leonor.

¿ Qué te alborota?

Enrique.

Nada.

Leonor.

¿ Qué miras?

Enrique.

¿ Qué quieres,

mi Leonor? que reconozcas
 que todo lo hemos perdido.

Leonor.

¿ Cómo?

Enrique.

Como desde esotra

parte, oculto en la cortina de esa puerta, ha estado hasta ahora don Lucas, siendo testigo de tus quejas amorosas, habiéndome antes pedido, que te hable en cuanto á su boda.

Leonor.

¿Qué dices?

Enrique.

Que por mas señas que te estuve haciendo, absorta en tu afecto, nunca propio las entendiste, y él torna aqui.

Leonor.

Y con mi padre creo: forzoso es mudar la hoja al discurso, y engañarlos.

ESCENA IX.

Dichos y don Pedro, y don Lucas al paño.

Pedro.

Aunque mas fuerza me pongas, no he de creerte.

Lucas.

Plegue á Cristo, que mala sarna me coma, si no es verdad.

Pedro.

¿De ti trata con voces ignominiosas?

Lucas.

Lo menor era llamarme el monstruo de Babilonia,

y á usted un perro tirano ;
 belitre , barbas de estopa.
 Pero pues aun todavia
 el que me hace la limosna
 de sacarla las entrañas,
 no se ha ido , usted se encoja ,
 escuche , calle , y verá.

Pedro.

Está bien.

Enrique.

¿ Con qué señora,
 la dilacion solamente
 es el mal que os acongoja ?

Leonor.

Estimo tanto á don Lucas
 por sus prendas generosas ,
 por su ilustre nacimiento ,
 y porque en todo confronta
 conmigo.

Lucas.

Mientes , borracha.

Leonor.

Que hasta lograr ser dichosa
 con su mano , estoy sin mí.

Lucas

¿ Han visto tal ? esta tronga
 se vuelve como vinagre.

Leonor.

A él solamente se postra
 la verdad de mi cariño.

Pedro.

Lucas , esto es otra cosa
 de lo que tú dices.

Lucas.

Tio,

yo estoy hecho una bazofia,
 porque lo que yo escuché
 era pan, y estas son tortas.

Enrique.

Y vuestro padre es preciso,
 como quien es, corresponda
 á tan hidalga obediencia.

Leonor.

Aunque esta accion tan gustosa
 no me fuese, es mi cariño
 quien tan de humilde blasona,
 que por él lo ejecutára.

Lucas.

Miren la zalamerota.

Pedro.

Hija mia, yo lo creo:
 caiga sobre tí, paloma,
 mi bendicion.

Lucas.

Y una peña
 que pese noventa arrobas.

Leonor.

Solo, si es que alguna vez
 con don Lucas se desboca
 mi pasion...

Lucas.

Atiende aqui,
 que ya vuelve la pelota.

Leonor.

Es por que trata á mi padre
 con ignominia y deshonra.

Pedro.

¡Qué escucho!

Lucas.

¡Virgen Maria!

Leonor.

De miserable le nota,
de ignorante en sus estudios,
de que en los pleitos le roba
sus derechos.

Pedro.

¡Ah, villano,
pícaro, ruin!

Leonor.

Y en fin toca
en lo que mas siento yo,
que es en decir, que enamora
á una criada de casa.

Lucas.

¿Yo he dicho tal, picarona?

Pedro.

Si, habrás dicho, infame, tonto. (1)

Lucas.

San Blas, San Blas, que me ahoga.

Pedro.

¿Tú desvergüenzas de mí?

Enrique.

Tened, tened, ¿qué os enoja,
señor don Pedro?

Leonor.

¡Ah, bribon!
¿tú poner las manos osas
en mi padre?

Lucas.

Muger, mira,
que él es el que me acogota,
que yo le no llego.

(1) Sale don Pedro agarrado del gáznate de don Lucas, y Leonor pega con él.

Leonor.

¡ Ah, perro!

Lucas.

¿ No hay alguien que me socorra ?

ESCENA X.

*Dichos y Melchora metiéndose á un lado, y á otro
Juana y Cartapacio.*

Todos.

¿ Quién causa tan gran estruendo ?

Melchora.

¿ Quién fomenta esta pelea ?
por cierto que si lo sabe
quien yo me se.....

Pedro.

No, no es cosa
de cuidado.....

Lucas.

Si es, y mucho,
que entre usted, y esa galfota
me han hecho junto á la uñez
del gaznate una corcoba.

Melchora.

¡ Ay Jesus ! ¿ pues el marido
y el dote con que me otorga
el matrimonio de carta ?

Lucas.

Mi ira que es temprano, tonta.

Melchora.

¿ Temprano ? pues si no avisas,
ya iba á descoserme toda.

Florela.

¡ Cielos, aquí don Enrique !

Pedro.

De las prendas generosas,
señor don Enrique, vuestras,
no dudé yo que conozca
don Lucas, cuanto sus partes
haceis en lo que le importa.

Lucas.

Y como que hace, y aun tanto,
que lo que es mio se apropia;
y así....

Cartapacio

¿Señor?

Pedro.

¿Cartapacio?

Cartapacio.

Pasando junto á la lonja
de San Felipe, me dió,
con veinte mil ceremonias,
un soldado este papel.

Pedro.

¿Para mí? la nema rompa.

*Le. Un espíritu, á quien dió
ensayo el ver que os desvela
el cariño de Florela,
y os medio descalabró,
proseguir la accion pretende
borrándoos esa quimera;
y así á los dos os espera
detrás de San Blas. = El duende.
¿Válgame Dios!*

Lucas.

Tío mio,

¿qué papel ó diablo es ese,
que te ha puesto como un yeso?

Pedro.

Lucas, disimula: ¡ fuerte lance!

Lucas.

¿Pues qué ha sido?

Pedro.

Sabe,

que me desafía en este papel....

Lucas.

Cáscaras.

Pedro.

Aquel espíritu, que rebelde en la otra casa habitaba.

Lucas.

¿Qué dices? ¡Jesus mil veces!

Pedro.

Que el duende es el que me espera.

Lucas

¿Pues al diablo, quien le mete en andar buscando ruidos, teniendo los que se tiene?

Pedro.

El caso es, que habemos de ir...

Lucas.

¿A dónde? ¿á andar á cachetes con el demonio?

Pedro.

¿Si es hombre, que este disfraz tomar quiere, se ha de contar que anduvieron infames dos montañeses?

Lucas.

Eso no, voto á Cristo,

aunque una legión me espere
de dueñas magras, que son
los estoques de la muerte.
Pero, señor, por si acaso
cosa del demonio fuese,
¿no será bueno que vaya
la egecutoria patente,
que no puede cosa mala
llegar donde ella estuviere?

Pedro.

Dices bien, ven, tomaremos
las espadas y broqueles:
y porque no nos estorben,
saldremos mas facilmente
por la puerta falsa

Lucas.

¡Ay, honra
montañesa, lo que puedes!
pues muerto de miedo voy
á que me casquen las liendres.

Pedro.

Leonor, á un negocio vamos
de importancia, en tanto puedes
prevenir para el ensayo
de esta noche lo que sueles;
que he de ver la serenata
cómo sale.

Lucas.

Que nos rezen
será mejor un rosario,
porque volvamos con dientes. *Vase.*

Pedro.

Y aun prevenite tú tambien,
que es bien que esta noche quedes
casada; ya que á don Lucas

amas, estimas y quieres. *Vase.*

Enrique.

¡Qué oigo, cielos!

Leonor.

¡Ay de mí!

que con mis armas me hieren.

Melchora.

No será eso, mientras yo
tenga unos inconvenientes.

Leonor.

¿Cuáles?

Melchora.

Ellos lo dirán.

Leonor.

¿Misterios gastar pretendes?

Melchora.

Esto importa á la maraña:
y ve usted, pues de esta suerte,
como Dios quiera....

Leonor.

¡Qué necia!

Melchora.

Será lo que Dios quisiere.

ESCENA XI.

Doña Leonor, don Enrique, Florela y Juana.

Juana.

Maldita tú seas, amen,
y que majadera que eres.

Leonor.

¡Ay Enrique!

Florela.

Esto faltaba *as.*

á mi dolor solamente.

Leonor.

Ya has oído de mi ruina
la sentencia.

Enrique.

No me fuerces
á que un despecho egecute.

Florela.

¡ Ah, injusto! ¡ ah, traidor alevé! *ap.*

Leonor.

Ya estamos en la forzosa
de que el remedio se piense;
esta noche ven, que Juana
te abrirá, y en mi retrete
oculto.....

Florela.

¡ Qué escucho, penas! *ap.*

Leonor.

Estarás; y cuando vieres,
que mi padre solicita,
que á Lucas la mano entregue,
sal, y dí, que eres mi esposo.

Enrique.

Tu esclavo soy.

Florela.

Ya no puede *ap.*

tolerarse tal injeria.

Leonor.

Y ahora, don Enrique, vete;
y si puedes inquirir
lo que tan secretamente
á egecutar va mi padre,
mas presto el que se remedie
nuestro pesar lograremos.

Enrique.

Todo, mi bien, lo previene

tu divino entendimiento :
voy volando á obedecerte. *Vase.*

Leonor.

¿ Juana ?

Juana.

¿ Señora ?

Leonor.

A tu cargo
pongo el que á la noche entres
en el cuarto , á don Enrique ,
de los barros.

Juana.

De viviente

búcaro te le tendré
cuñado al polvo , y si quieres ,
mojado con agua de ámbar.

ESCENA XII.

Doña Leonor y Florela.

Leonor.

¿ Florela , qué te parece
de mi mal ?

Florela.

Que cierto ingenio
dijo bien discretamente.

Canta.

Enamorado de Siquis.
baja amor á los orzages ,
que en las campañas del aire
fabrican y desvanecen.

Leonor.

Y que enamorado venga
don Enrique , á que se empleen
en mí sus adoraciones,

con mi desgracia , ¿ qué tiene
que ver ?

Florela.

Pues mejor concepto ,
á mi parecer , es este.

Canta.

*Ojos eran fugitivos
de un pardo escollo dos fuentes ,
humedeando pestañas
de jazmines y claveles.*

Leonor.

O es manía de cantar
la tuya continuamente ,
que venga al caso , ó no venga ,
ó de mis penas crueles
te burlas.

Florela.

Escucha , escucha

No has de lograr que conteste *ap.*
con tu gusto , y que del daño ,
que tú me haces , me consuele.

Leonor.

Canta hasta que mas no quieras ,
que si algun dia sintieres ,
puede ser que yo me ria
de ver que tú te lamentes.

ESCENA XIII.

Florela.

No faltaba á mi dolor
mas de que ahora pretendieses
descansar con quien por tí
pena y sufre , llora y muere.
Siente , pues que siento yo ,

y mientras buscar emprendes
 medios para el fin que anelas ,
 para impedirte los piense
 imposibles mi dolor ,
 ya que el destino inclemente
 quiere á costa de mis males
 ir fabricando tus bienes.
 Y pues esta noche aguardan
 para matarme dos veces ,
 esta noche del acaso ,
 que la fortuna ofreciere
 mas propicia , mi corage
 valido , haré que rebiente
 este volcan , que oprimido
 arde en prisiones de nieve.

ESCENA XIV.

DECORACION DE CAMPO.

Don Antonio y Taláveron.

Antonio.

¿ Diste el papel que te di
 á Cartapacio ?

Taláveron.

Y le hallé,
 como te he dicho , y logré
 encajársele.

Antonio.

Si en mi
 desafiar á un letrado
 pareciere extraño hoy ,
 esté alguno como estoy
 de su dama enamorado ,
 y empátele su fineza

*

otro, que sea el que se fuere,
verá si aun con Baldo quiere
deshacerse la cabeza.

Talaveron.

Yo creo, que aquellos dos
hombres, que vienen allí,
son tío y sobrino.

Antonio.

Sí;

retírate.

Talaveron.

Vive Dios,

que siendo dos, oportuno
será que yo no me vaya.

Antonio.

No temas que riesgo haya,
que uno es nada, y dos es uno.

ESCENA XV.

*Don Antonio, don Lucas y don Pedro con armas y
con linternas.*

Pedro.

Anda, Lucas.

Lucas.

¡Raro afán!

Pedro.

¿No ves que el honor precisa?

Lucas.

¡Que ni aun siquiera oír misa
pudiese en san Sebastian!

Pedro.

¿Para qué?

Lucas.

Para notorio

sufragio.

Pedro.

¿De quien, bergante?

Lucas.

De quien puede en un instante
ser alma del purgatorio.

Pedro,

¿A eso tu temor te obliga?

Lucas.

¿Pues la del otro está hablada,
para que tenga su espada
atencion con mi barriga?

Pedro.

Un hombre está aqui.

Lucas

¿No mas?

Pedro.

No es mas que uno.

Lucas.

¡Suerte rara!

pues llega tu cara á cara,
le daré yo por detras.

Pedro.

¿Contra nuestro honor, no ves
que ese es un terrible error?

Lucas.

¡Válgame Dios, por honor
que caramilloso que es!

Pedro.

Estate tú oculto allí,
que mientras que solo sea,
no es bien que á los dos nos vea.

Lucas.

Por Dios que no estoy en mi.

¿Yo á conquistadores puedo

heredar ? Cristo me ampare,
pues lo que hoy conquistáre
lo quiero asar en un dedo.

Pedro.

¿ Caballero ?

Antonio.

¿ Qué mandais ?

Lucas.

¡ Virgen sagrada , qué veo !

Pedro.

Que sois vos quien busco creo.

Antonio.

Yo soy.

Pedro.

¿ Pues á qué esperais ?

Antonio.

Cuando llegueis á saber
el motivo de este duelo ,
á nada.

Lucas.

¡ Válgame el cielo !

el duende es ó su muger ,
porque yo á este hombre le ví
de mantilla : ¡ hay tal historia !
Saco luz y ejecutoria ,
pues todo lo traigo aqui. *Vase.*

Antonio. (1)

Valor teneis.

Pedro.

He nacido
caballero , y manejado
libros y armas.

(1) *Sacan las espadas y riñen.*

Antonio.

¡Qué alentado
es el viejo!

Pedro

¡Que atrevido
es el mozo! (1)

Antonio.

¡Qué aguardais,
(cruel estrella) pues me veis
sin espada?

Pedro.

A que la alzéis.

Antonio.

Como caballero obráis;
pero una vez recobrado,
solo á defenderme aspiro.

Pedro.

Pues yo de veras os tiro.

Antonio.

Mirad que habeis tropezado.

Pedro.

Matadme.

Antonio

¿Quien obra bien,
cómo aconseja tan mal?

Sale don Lucas.

Duendecillo tal por cual,
ten esa estocada, ten. (1)

Antonio.

¿Qué es esto?

(1) *Cáesele la espada á Antonio.*

(2) *Vueloe con la ejecutoria en el pecho, y dos
luces en las manos.*

Lucas.

Cruje los dientes
perro maldito, haz espantos,
hnye de los nombres santos
de todos mis ascendientes.

Antonio.

¿Don Pedro?

Lucas.

¿Qué no te humillas?

Antonio.

Vuestro furor me acometa.

Lucas.

¡Santo Dios! que no respeta
las armas de los Chinchillas.

Pedro.

Presto daré testimonio
de que aquel error absuelvo.

Lucas.

Señores, á decir vuelvo
que este es duende ó es demonio.

ESCENA XVI.

Dichos y don Enrique.

Enrique.

¿Qué es esto, amigos?

Lucas.

Esto es
ser este diablo Andaluz,
pues no respeta la cruz
de un despacho montañés.

Enrique.

¿Vos, señor don Pedro, y vos,
don Antonio, en este estado?
motivo de gran cuidado

es el que os mueve, por Dios.
Y pues yéndoos á buscar,
el acaso me ha traído,
yo he de saberle.

Padre.

Este ha sido
haber venido á parar
madama Florela...

Enrique.

? Quién?

Pedro.

Una Flamenca Española,
á mi casa trisse y sola,
huyendo cierto vaiven
de su fortuna en Amberes,
de donde mi amigo Octavio
me la envió: y siendo agravio
no amparar á las mugeres
en quien nace caballero,
en mi casa la hospedé,
donde la ví y la traté.
Y no siendo yo el primero
á quien una perfeccion
haya en vista condenado,
en revista, y sin traslado
me ganó la inclinacion.
Tanto su beldad promete.

Lucas.

¡Oiga el diantre del borrico
por donde mete el hocico!
¡Con que la casca el vejete!

Pedro.

Por esto ese caballero
hoy un papel me ha enviado,
en que me ha desafiado.

Antonio.

Ya os he contado primero,
que allá en Amberes reñí
por cierta madamusela,
que amé; pues ella es Florela.

Enrique.

Pues ahora me toca á mí
reñir con los dos.

Los dos.

¿Por qué?

Enrique.

Porque el sujeto soy yo,
que en Amberes os hirió,
y que allí á Florela amé.

Antonio.

Ya son mis dudas mayores.

Lucas.

¡Otro la pretende y ama!
¿señores, es esta dama,
ó concurso de acreedores?

Pedro.

Pues Florela ha de ser mía.

Antonio.

Yo he de merecer su amor.

Enrique.

A mi cuenta está su honor..

Lucas.

¡Virgen, y que greguería!

Antonio.

Pues si hemos de reñir; ya
el tiempo es muy oportuno,
y así vamos uno á uno.

Lucas.

¿Qué es uno á uno? arre allá.
¿Cómo entendeis esa historia?

Antonio.

Riñendo vos el primero.

Lucas.

¿Pues quereis un agujero
hacerme en la ejecutoria?
primero me dejaré
asaetear por un lado,
por detras, por el costado,
que por el pecho os la dé.

Pedro.

Embiste, no temas nada. *Riñen.*

Lucas

¿Pues he de esponerme, tio,
á que á un ascendiente mio
le den una cuchillada?

Enrique.

Parad, tened los aceros,
(Pues nada pierdo en tal trance,
enmendar intento el lance.)
y advertamos, caballeros,
que de una dama la fama
este escándalo atropella;
y pues ha de ser lo que ella
dijere, elija la dama.

ap.

Pedro.

Yo me doy á este partido.

Antonio.

Con ese dictamen voy.

Don Enrique, porque soy *ap. á Enrique.*
amaute, y tan siempre he sido
vuestro amigo, hallar quisiera
modo que el caso enmendára,
y que á Florela lográra,
sin que yo á vos os perdiera;
pues cuando amais á Leonor...

Enrique.

Dejaos por mí gobernar, *ap. á Antonio.*
 que á mí me viene á importar
 que consigais vuestro amor.
 Y pues esto está ajustado,
 señor don Pedro, podeis
 iros.

Pedro.

Ya reconoceis
 si bien ó mal he quedado. *Vase.*

Enrique.

Nunca vos quedasteis mal.

Lucas.

¿Cómo? ¿ya se han convenido?
 de mi ejecutoria ha sido
 milagro, por san Pasqual.
 Ellos van quietos y buenos;
 ¿ó papel! ¿esto hay en tí?
 no te he de apartar de mí
 el día que hubiere truenos. *Vase.*

Antonio.

¿Don Enrique?

Enrique.

Ahora sabreis
 si soy vuestro amigo en todo.

Antonio.

¿De qué suerte?

Enrique.

De este modo,
 venid, que allá lo vereis.

ESCENA XVII.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Cartapacio, Juana y doña Leonor, y ponen loces en un bufete.

Música.

*Ven deseado Himenco,
ven, y ven muy aprisa,
qué tardar esta boda,
es mucha porqueria:
ven, ven por tu oida,
á las nupcias del mas fuerte hidalgo,
que bebe, que ronca, que paca en Castilla.*

Leonor.

¿Está todo prevenido?

Cartapacio.

Por lo que toca á bebidas,
ya de sorbete y aloja
dejé entregada á Dominga
una garrafa.

Leonor.

¿Y los dulces?

Cartapacio

Son chochos, y peladillas,
y he habido de tener un
cuento en la confiteria.

Leonor.

¿Cómo?

Cartapacio.

Como la cuchara,
que llevé está muy lamida,
y no habia forma en empeño
de darme mas que dos libras.

Y así el tío y el sobrino
habrán de hacer la barriga
con las castañas pilongas,
que como ayer fue vigilia,
sobraron.

Juana.

¿Y te parece,
que en la montaña tendrían
otros dulces de París?

Leonor.

Juana, anda, ve, por tu vida,
á ver si viene mi Enrique,
verás como hago que sirva
á otro intento este aparato.

Juana.

No será mala bolina
la que habrá. *Vase.*

Leonor.

¿Y Melchora?

Cartapacio.

Como

hace una de las ninfas,
que han de llamar á Himeneo,
según la loa está escrita
de don Pedro mi señor,
se está vistiendo.

ESCENA XVIII.

Dichos, don Lucas y don Pedro.

Pedro.

¿Hija mía?

Leonor.

¿Padre y señor?

Pedro.

Hoy se enlazan
 los pesares y las dichas.
 A casa desazonado
 de un disgustillo venia,
 y me han dado en el camino
 la prodigiosa noticia,
 de que el título que compro
 está ya en cabeza mia.
 Vueseñoría lo sepa,
 para que reconocida
 á los favores del cielo,
 desde hoy los criados riña,
 á todas horas enfade
 amigos y conocidas,
 pida el almuerzo á las once,
 y suba al desvan en silla.

Lucas.

¿Oye usted, y yo no tengo
 de tener mis piececillas
 de sobrino de marqués?

Pedro.

En casando con mi hija,
 que entonces os cae el chorro
 de este honor por recta línea.
 ¿Ah, Cartapacio? el tintero.

Cartapacio.

Aquí está.

Pedro.

Esta seguidilla
 déle á Juana ó á Melchora,
 que al nuevo asunto va escrita
 de la señoría nuestra;
 que la encajen por su vida
 en la dicha pastorela.

Lucas.

¿ Habrá invencion mas maldita
de fiesta , que esta que hacen ,
pudiend o llenar la tripa ,
con lo que en ella se gasta ,
de pabos y de gallinas ?

Pedro.

Mis amigos vienen ya.

ESCENA XIX.

Dichos , un Letrado y un Golilla.

Letrado.

Para que la rebeldía
no se me acuse , señor
don Pedro , de que á tan digna
funcion vengo tarde , el gusto
mi concurrencia anticipa.

Golilla.

Cosa que habeis hecho vos ,
es fuerza ser peregrina.

Pedro.

Señores , muy bien venidos.
Ah , Cartapacio , trae sillas ;
Leonor , siéntate.

Cartapacio.

Aquí están.

ESCENA XX.

Dichos , y al paño Juana , don Enrique y don Antonio.

Juana.

Quédate aquí , y solo atisba ,
sin que te vean.

Enrique.

Está bien.

Antonio.

¿A qué será esta traida?

Enrique.

Presto de dudas saldreis.

Sale Juana.

Señora, como pedias,
aquel negocio está hecho,
pero el diablo de la fria
de la Flamenca los vió.

Leonor.

No es tiempo de que nos sirva
eso de estorbo.

Cartapacio.

Señor,

la cera está ya encendida,
y como es poca, ya ves,
que es fuerza que se derrita.
¿Empezarán?

Pedro.

Di que empiecen.

Lucas.

Yo en estas majaderías
me duermo luego. ¡Ah, vergante!
¿tú apuntas?

Cartapacio.

De maravilla.

Lucas.

¡No te viera yo apuntado
de un tiro de artillería!

Pedro.

Señores, callad, que empiezan.

Golilla y Letrado.

¿Cuánto va que para en risa?

Música.

Ven , deseado Himeneo , &c.

ESCENA XXI.

Dichos , y doña Melchora que canta.

Melchora.

*Ven , que no es quien espera
ningun hombre de ansina :
sino una hembra que casa
con un varon Chinchilla.*

Canta Juana.

*Ven , que con montañeses
no se hacen groserias ,
porque á ninguno esperan
los de aquesta familia.*

Melchora.

*Su señoría ordena ,
que con tu antorcha asistas ,
y basta que lo mande
su señor señoría.*

Pedro.

*Aquella postrera copla
es la de nuevo añadida.*

Gotilla.

Es un pasmo.

Todos.

Es un prodigio.

Pedro.

Que prosiga.

Todos.

Que prosiga.

Música.

Ven , ven por tu oida , &c.

Canta Florela.

No solo á tanto asunto
 esta antorcha encendida,
 ascua del sol, abrasa
 todo lo que ilumina;
 sino á descubrir oengo,
 don Pedro, los enigmas,
 que tu honor obscurecen,
 y tu fama marchitan.

Oculto hay en tu casa
 quien troncar solícita
 de tus nobles ideas
 las generosas líneas.

Y quien del honor mio
 á destruir aspira
 la opinion generosa
 hoy por ti defendida;
 tu venganza y mi enojo,
 su traicion y mi ira,
 alumbre aquesta antorcha,
 y siguiéndome digan:

Traicion, traicion. . . *Se entra.*

Leonor.

¡Ah, villana!

Pedro.

¿Qué es esto? todos me sigan. . . *Vase.*

Juana.

¡Ay, que todo lo descubre!

Golilla y Letrado

A don Pedro es bien que asista.

Lucas.

¿Qué embrolla de los demonios
 es esta, Melchora mia?

Ahora es ocasion que se haga

nuestra traza discurrida.

*

Melchora.

Pues verás que presto vengo
cargada con la balija. *Vase.*

Leonor.

¡Cielos santos, yo estoy muerta!

Pedro.

Mueran los que así amancillan
mi honor. (1)

Enrique.

Don Pedro, tened,
que siendo ya vuestra hija
doña Leonor, mi muger,
en mi vuestro honor habita.

Pedro.

¿Cómo esposo de Leonor?

Lucas.

¿Señor, no te lo decia
yo, que esta picara infame
la habia de hacer?

Florela

Como viva
yo, siendo Enrique (don Pedro)
la causa de mis desdichas,
no es facil que de otra sea.

Antonio

Ni que yo á otro hombre permita,
que sea dichoso contigo.

Pedro.

¿Estoy yo acaso en las Indias,
para que á doña Florela
de Guzman, solo por hija
de don Andrés de Guzman,
no la eleve á señoría?

(1) *Salen don Pedro, don Enrique y don Antonio.*

Enrique.

¿Don Andrés de Guzman? ved
lo que decís.

Florela.

¿Suerte esquiva!
que aquesé mi padre fue.

Pedro.

Pues esos papeles digan
como gobernando á Amberes,
al tiempo que ya os tenia
á vos, casó de secreto
con madama Catalina
de Orbesi, ilustre y hermosa,
y prenda de esta caricia
fue Florela, á quien dejó
declarada.

Enrique.

¿Hermana mia!
¿cómo avarienta hasta aquí
me ha negado esta noticia
mi suerte?

Florela.

No en vano yo
tanto, Enrique, te queria.

Antonio.

Ahora sin este embarazo,
que mi rendimiento admita
espero.

Enrique.

Tuya es Florela.

Florela.

Premiar es deuda precisa
vuestra constancia.

Pedro.

Tened,

que yo.....

Dentro Melchora.

Tanta gritería
hay, que á quien hoy se casa
la aturde, y la martiriza.

ESCENA XXII.

Dichos y doña Melchora con un bulto debajo del brazo.

Pedro.

¿Melchora, que es esto?

Melchora.

¡Ay, padre!

¿no ve aquesta bolsa en cinta?
pues prendas son de don Lucas
cuantas traigo aquí metidas.

Pedro.

¡Solo faltaba esta afrenta
á mi casa y mi familia!
¿Qué dices, perra?

Lucas.

Que ya

que ha perdido Leonorilla
la fortuna de mi mano
por sus muchas picardias,
con Melchora me recaso,
que mi conciencia me aguizga;
pues dice bien, pues mias son
esas prendas que publica
ese bulto.

Pedro.

¿Cómo, infame?

Melchora.

Como es esta su ropilla,

su manteo, su sotana, *la saca toda.*
 sus calcetas, sus camisas:
 miren si son estas prendas
 tuyas, ó de la vecina.

Pedro.

Si estás contenta, Leonor,
 yo no violento á mis hijas:
 da la mano á don Enrique,
 y dásele tú, Luquillas,
 á Melchora.

Lucas.

Ven acá,
 dáca la mano, borrica.

Melchora.

Toma, animal.

Cartapacio.

Cada oveja
 con su pareja, Juanilla.

Juana.

Pues toma esos cinco dedos.

Enrique.

Hermosa Leonor, mi vida
 es tuya.

Leonor.

Felice soy.

Antonio.

Ya son todas mis fatigas
 venturosas con tal suerte.

Florela.

Tus finezas me conquistan.

Pedro.

Y yo que quedo soltero,
 no sé, señores, si diga,
 que quedo mejor.

Enrique.

Y aquí
una obediencia rendida,
da fin al Dómine Lucas:
reconociéndose indigna
de aplauso, ni admiración,
se contenta con la risa.

El Domine Lucas.

El movimiento dramático de esta pieza, las situaciones cómicas y las sales en que abunda la han adquirido la estimacion del público, desde que su autor la dió al teatro. Efectivamente es una de las mas graciosas que compuso Cañizares en el género de las comedias de carácter, llamadas entre nosotros de *figuron*; cuyo título está muy bien aplicado, porque pinta la exageracion del personaje principal que se propuso ridiculizar el poeta. Aunque este género es el que mas se acerca á la verdadera comedia antigua, nuestros autores recargaron de tal modo el carácter que describian, que por lo general le trasformaron en una caricatura: Este defecto se advierte en muchas de las composiciones de esta clase, á que se dedicaron varios poetas dramáticos del siglo 17, y algunas de ellas en tanto extremo que pueden mas bien considerarse como unos entremeses ó sainetes en tres actos, que como verdaderas comedias. La presente es una de las menos defectuosas en esta parte, pues el carácter de don Lucas, tiene toda la verosimilitud que puede pedirse en buena dramática. Es un hombre de muy corto talento; es malicioso é interesado; ha recibido una educacion poco esmerada, y se halla poseido del orgullo ridículo que les inspiraba á algunos nobles en aquel tiempo la posesion de una ejecutoria, aunque se hallasen sumidos en la indigencia.

Cañizares presenta á don Lucas en la escena V. del primer acto y manifiesta su carácter en muy pocos versos. Celoso al ver á Leonor y á Melchora acompañadas de dos hombres que no conoce, quiere saber de Cartapacio si las han tocado al ayudarlas á salir del coche.

Cartapacio.

Abrazáronlas por fuerza
para sacarlas.

Lucas.

¿Qué dices?

Cartapacio.

Fue indispensable indecencia.

Lucas.

¡Caiga sobre mi un Vizconde
con toda su parentela!
Meichora, á quien entre dientes
tengo una afición horrenda;
Leonor, en quien la pecunia
me tira que me desuella;
la una, bacienda de mi amor,
y la otra, amor de su hacienda,
¿maniestiradas de hombres?
¿Qué dirá el valle de Ruesga
adonde se trae la honra
colgada como venera?

Este sentimiento es el que domina principalmente en don Lucas, y le inspira la idea, tomada sin duda de la novela del curioso impertinente, de rogar á don Enrique que enamore á su futura esposa.

Enrique.

¿No es doña Leonor Chinchilla?

Lucas.

Esa propia, y desde aquesta,
mismísima hora, usted
la ha de galantear.

Enrique.

¿Qué intentas
hombre.?

Lucas.

Saber, señor mio,
de la pata que cojea.
Si ella al continuo combate
se tiene tiesa que tiesa,
merece en mí un montañés
con todas las incidencias
de ejecutoria y de sangre;
si se ablanda como breva
con un escudero mio
la sobra mucho á la puerca.

Resalta mas todavia la fatuidad de este personaje, cuando refiere la aparicion del duende á don Enrique, y este le pregunta:

¿Pues es posible, don Lucas,
que remedio no se ha hallado
por conjuro, ó por precepto
contra ese espíritu?

Lucas

Hermano,
un demonio que porfia
es demonio por dos lados:
todo está pasado en cuenta;
y no habiendo aprovechado
nada, al último remedio,
como se dice, apelamos:
con dos velas encendidas,

.....
sacamos don Pedro y yo
de un cofre de felpa y raso,
la mas horrible reliquia,
que tiene el género humano.

Enrique.

¿Y cual es?

Lucas.

La ejecutoria
de los Chinchillas hidalgos.

Finalmente, ya sea cuando enamora á Melchora y dispone el medio de casarse con ella, cuando dicta la demanda á Cartapacio, ó cuando asiste al desafío, siempre escita la risa del auditorio.

En el carácter de don Pedro, que tiene tambien bastante mérito, ridiculiza el poeta con mucha propiedad, el lenguaje pedantesco de algunos letrados farraguistas de su tiempo; y en el de Melchora pinta una boba á quien aguija el deseo de casarse con el primero que se presente.

Los demas personajes son buenos y forman el contraste con los anteriores.

La accion está bien combinada, y las escenas bien enlazadas: hay muchas muy cómicas y sembradas de gracias y donaires.

Veanse particularmente la XIX del primer acto, en que Melchora sale corriendo tras las gallinas; la XVII y siguientes hasta el fin del segundo acto, y la VIII, IX, y X del tercero.

Los diálogos tienen generalmente viveza y gracia; pudiéramos citar algunos; pero, en obsequio de la brevedad, nos limitaremos al siguiente.

Cartapacio.

¿ Señor?

Lucas.

¿ Qué hay?

Cartapacio.

Mas de una hora
que te espera don Enrique
sentado en la silla rota

del recibimiento.

Lucas.

¿Y dime,
trac la cara como en forma
de pedirme chocolate?

Cartapacio.

Ofrecérselo es preciso,
que es por la mañana.

Lucas.

¡Moscas!

Anda, ve y dile, que digo
yo, que estoy en la Vitoria.

Cartapacio.

¿Y si sabe que te niegas?

Lucas.

Que no lo sepa.

Cartapacio.

Perdona,

que yo no hago indignidad
tan de tu prosapia impropia.

Lucas.

Pnes dile que entre, que yo
te descontaré una onza
de tu racion.

Cartapacio.

¿Por seis cuartos
te acuitas y te acongojas?

Lucas.

Por menos un primo mio
lleva un garrafon de aloja,
y será un octavo nieto
de la Infanta doña Alfonsa.

La escena siguiente en que obliga á Enrique á enamorar á doña Leonor, y se esconde á escucharlos, y

las siguientes son sumamente interesantes, están perfectamente imaginadas y bien desenvueltas. La primera pudo tal vez inspirar á nuestro celebre Inarco la del acto tercero en el Viejo y la niña.

El language es castizo, y el estilo sencillo y natural. Peca sin embargo algunas veces en hinchado, como se observa en varios trozos de la relacion de Enrique en la escena I, y otras en bufon y chocarrero. Pero estos defectos y otros, originados por el deseo de aumentar la ridiculez del protagonista, no rebajan el mérito esencial de esta comedia, que á nuestro parecer es la mejor de Cañizares, á pesar de que no puede ahora inspirarnos todo el interés que á los espectadores de su tiempo, porque el vicio que castiga ha desaparecido casi enteramente de entre nosotros.